

UNIVERSIDAD NACIONAL
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
INSTITUTO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS (IDELA)

PROYECTO:

Programa Repertorio Americano Fase II. Código SIA: 0213-16

ACTIVIDAD:

Manifestaciones estético-ideológicas en autores y textos centroamericanos en La Edad de Oro editada por Joaquín García Monge. Código SIA: 0142-19

TITULO:

Catálogo: Cuentos de autores centroamericanos en La Edad de Oro de Joaquín García Monge

AUTORA:

Nuria Rodríguez Vargas



COSTA RICA.

1. Sueño de Cádiz. Roberto Brenes Mesén. Abril, 1922

Cádiz está mirando al mar.

Sobre este

derrama el sol poniente barcas de oro que se van
cabrilleando hacia el oeste, como en los días
coloniales idos zarpaban las armadas de galeones en
busca de las Indias y el Gran Preste. La tarde es vela en
los galeones vanos y hacia las Indias orzará con ellos.
Orbe de plata en sus serenas manos trae la Noche a la
marmórea Cádiz: los blancos miradores están bellos:
se ha puesto en guardia la muralla entera, y hacia el
Silencio se levanta austera la Torre del Vigía.

Cádiz duerme,

y es su sueño de augurio todavía: Cádiz mira venir la
Grande Armada conduciendo, a sus mástiles atada
cabos regios la imperial victoria.

Arde incendio de gloria en la bahía. Detrás, en
infinitos escuadrones, sobrecargados de oro, los
galeones historiados de triunfos de conquista, con sus
dos mil corsarios prisioneros, van altivos entrando en
la bahía.

Cádiz no les abarca con la vista. Después escucha en
su sueño las anclas de oro en el fondo sonoro del
mar.

Cádiz la blanca despierta a su estruendo.

Está nadando en las aguas del Día; tinto está el mar de
un color de esperanza:

algo de Indias las olas murmuran; todas las
conchas marinas auguran un regresar de otras
Indias de España.

2. Las hormigas. Carlos Luis Sáenz

Procesión de hormigas, ¿hacia dónde va?

Pasan enlutadas;
¿a quién buscarán? Van bajo las
rosas del fresco rosal que
adorna la fuente del Palacio
Real. Suben por las gradas,
muy calladas van; los
alabarderos las dejan pasar,
Llegan hasta el trono de Su
Majestad; El Rey y la Reina
óyenlas hablar.

«¡Oh Rey, Blanca Nieves, tu hija blanca
está encerrada en una urna de cristal!

Porque su madrastra, Reina sin
piedad, dióle una manzana por
la envenenar.» Ella, ante el
espejo solía preguntar: «¿Soy la
más bonita de la corte real?» Y
el espejo mago, muy a su pesar:
«¡Reina, Blanca Nieves no tiene
rival!» Entonces la manda a un
bosque invernal, y un cazador de
osos la intenta matar.

La princesa implora:

«¡Compasión, piedad!» Y al
cazador malo le da su collar... Por
la selva umbrosa siete enanos van,
y a la princesita escuchan llorar.
«¡Vente, Blanca Nieves, en
nuestra casa hay hogar encendido,
calor y amistad!» ¡Y entre los
enanos dormidita está, guardada

en la urna de bello cristal! La
Princesa Blanca, manda, Rey,
buscar! ¡Ella nos cuidaba con
migas de pan! , Procesión de
hormigas,
¿hacia dónde va? Va a llevar
noticias al Palacio Real. Suben
por el trono de Su Majestad: el
Rey, que está solo, las invita a
hablar. «¡Casó Blanca Nieves
con Príncipe Real! Salga el Rey
su padre que aquí llega ya!
¡Cien enanos vienen por la
acompañar y ella está más bella
que flor del rosal! ¡Espejito
mago ahora bien dirás: ya
Blanca Nieves no tiene rival!»

3. La raíz y el gusano. Carlota Brenes Argüello (Blanca Milanés), Agosto,

1926

(Apólogo) Sobre un barranco cortado a tajo, un árbol cuajado de flores rojas domina la extensión del paisaje. Por entre la tierra resquebrajada de esta pared, revientan algunas raíces de un amarillo lánguido que, sedientas de humedad, se asoman a mirar un riachuelo de aguas escasas que corre allá abajo.

Un gusano viscoso, de anillos cambiantes como el color de ciertos ópalos lechosos, se arrastra con lentitud sobre una raíz retorcida, cuya extremidad se endereza al cielo acaso en demanda de un poco de lluvia benéfica. El gusano se ha detenido un rato entre satisfecho y egoísta, pues comprende la angustia de esta raíz enjuta por el prolongado verano.

De pronto, el gusano le susurra a la raíz este discurso:

—No puedo negar que hoy me arrastro penosamente sobre tu lomo; que corro el riesgo de ser pasto de las hormigas voraces o de morir entre el pico de algún pájaro cazador, pues no poseo medios de defensa: que me fabrico mi propia tumba momentánea al convertirme en crisálida; pero mañana seré mariposa de vivos colores y el espacio libre será mi morada.

—Tienes razón de todo cuanto dices, balbuce la raíz humildemente, pero no son correctas las alabanzas de las cualidades con que nos dotó la naturaleza, porque en ello no hemos hecho ningún esfuerzo. Hoy me muero de sed y no hay quien acuda a apagar mis ardores. Sin embargo, nunca me quejo, porque comprendo que me tocó este lote entre las terrenales distribuciones. Y hay que conformarse y no protestar, porque generalmente todas las protestas por justas que ellas sean, en los tiempos que corremos son ridículas, si no las respalda la fuerza. Pudiera argüirte que mi posición es más sólida que la tuya, que mi destino es

succionar el jugo de la tierra para convertirme en savia y reventar con la llegada de la última primavera en flores y frutos, mas prefiero guardar un discreto silencio.

—Tu vida es pasiva y oscura, responde el gusano, y yo, en cambio, con el giro de mis alas multicolores, tendré en breve la luz, el aire, el perfume y la miel de las flores. —Ciertamente, insinúa la raíz, mi vida es subterránea, pero tengo en desquite muchas satisfacciones: Cuando el huracán sopla fuerte en su bocina bronca, mis hermanas y yo nos aferramos a la tierra con más ahínco para impedir que descuaje nuestra obra. Así como entre los hombres la moral es la base de toda acción, nosotras constituimos el mayor bien del árbol. Somos en principio su creador. En nuestra larga noche de años nosotras acendramos pacientemente la complicada gestación de los gigantes de la selva.

—Tanto ufanarse, dice el gusano, y tu obra caerá tarde o temprano a los tajos del hacha inmisericorde y mañana serás astillas, cenizas, nada.

—Conformes, dice la raíz. Devolveré en beneficios al ser destruida mi obra, lo que estábamos destinadas a dar. En fuego para el hogar, en abrigo para las viviendas y en las dos cajas de cuatro tablas para la cuna y el viaje postrero. Tus hermanos, en cambio, en el festín del sepulcro, tornan al hombre en una espantosa carroña. En este mundo hay que ser útil en algo.

Días más tarde, cayeron las primeras lluvias y la raíz sedienta se hinchó con nueva savia para proseguir su labor subterránea. El gusano dormido en su sueño de crisálida reventó algunos soles después en una linda mariposa que al hacer el primer vuelo, un pájaro que anidaba en el árbol y que había oído esta conversación, se la engulló con tranquilidad. Al ver esta escena de sangre, la raíz filosóficamente sufrida, se hundió con más fuerza entre la tierra a continuar su misión útil y silenciosa.

4. Pensamiento de niño. Rómulo Tovar

En los Estados Unidos asedian los periodistas a las personas que tienen algo que decir al público o que lo pueden hacer, como aquí entre nosotros. Algunas veces lo que se tiene que decir es mucho y bueno, otras veces es poco y excelente, y no falta ocasión en que los reporteados nada tengan que decir y llenen, sin embargo, una plana del periódico con declaraciones insípidas. Acaso suceda esto menos en Estados Unidos que entre nosotros, en donde, aquí, el hombre se levanta y comienza a vivir su día sin un pensamiento en la cabeza.

Recientemente fue reportado el descubridor de los polos, Amundsen, por los periódicos de Nueva York, mientras él estaba de paso para su propio país en donde va a descansar definitivamente, de sus aventuras, coronadas todas ellas por un glorioso éxito. Lo que dijo Amundsen quizás haya parecido indiferente a los periódicos neoyorkinos: se concretó el grande hombre del siglo a hacer, en primer lugar, un recuerdo de infancia. «Hace cuarenta y un años, es decir, cuando apenas tenía quince años, ya sabía yo lo que quería hacer durante mi vida: visitar los dos polos. Ahora los he visto y mi obra está terminada». Amundsen acabó su reportaje con estas palabras: «No habrá más discursos ni más expediciones; esto ha terminado». Es este, en los anales del periodismo, uno de los reportajes más breves y al mismo tiempo, uno de los más fecundos en lección. No debe ignorarse, por lo demás, que los diplomáticos y los políticos, han dado modelos de declaraciones públicas extremadamente lacónicas, por ejemplo, cuando están obligados a replegarse en su propia alma para guardarse un secreto que no debe trascender. Y sucede, entonces, que cuando menos tienen que decir es cuando más hablan.

Las breves palabras de Amundsen producen una impresión de grandeza: resumen ellas la totalidad de una vida completa, de una vida que se ha desarrollado de acuerdo con un programa sabiamente previsto y que comprende la infancia de un hombre. Ese programa, formulado hace cuarenta y un años, pudo ser para el mayor número una obra imposible de realizarse por hombre alguno. Aquel niño de quince años no podía menos de soñar; semejante pensamiento de una empresa irrealizable le era perdonable a él, niño

maravillosamente imaginativo. He aquí que él se había puesto enfrente de lo imposible. Lo imposible iba a constituir en adelante el objeto primordial de su vida. Sin embargo, téngase entendido, que para él, lo imposible no existe. Este simple o terrible modo de ver las cosas es nuestro y de los otros y no de él.: para él no existe la magnitud de la empresa; ni los peligros del hielo; ni el temor de las tempestades magnéticas; ni la idea de la muerte. Todo esto es de los débiles. Él pertenece a la raza de los fuertes. Todas esas suposiciones son de los indiferentes a cuanto empeño de hombre que signifique idealidad o ensueño. Él es sencillamente de la raza fecunda de los visionarios. Todos esos cálculos son de los hombres de negocios o de los hombres eminentemente prácticos, como tantos que hay en el mundo. Él pertenece a la legión de los locos que han hecho la mejor parte de la historia de ese mundo. ¿Para qué citarlos, si todos los días se habla de ellos en las escuelas de los niños? Si nos contara Amundsen los sueños que él tenía de niño, sus sueños y sus devaneos y sus éxtasis. La ilusión permanente y dominadora de la vasta región blanca y helada mundo.

Lo que más alienta de esta lección que implica la personalidad de Amundsen, es ese poder directivo y soberano de una idea que a los quince años concibe un niño y se arraiga vigorosamente en su espíritu. Él parece que da así el secreto de la vida activa del hombre, en un documento viviente y verídico: si cuando el niño tiene quince años se ha logrado determinar su conducta, es de creer que se ha creado su destino como una realidad de la vida.

Lo contrario, es lo trágico de esa vida: el hecho de que un hombre traspase los límites de su adolescencia y no pueda precisar bien los objetivos de su porvenir. A los quince años, este hombre era ya un poder constituido definitivamente. ¿Qué podía desviarlo de su camino? Al contrario, todo está supeditado a su fuerza; todo está a su servicio: el hielo del polo se endurecerá bajo sus plantas; las tempestades árticas plegarán sumisamente sus alas ante la presencia majestuosa de su dominador, y la aurora boreal alentará sus ensueños cuando la empresa parezca más difícil.

Este hombre ha podido vivir lo bastante para aprovechar las conquistas que otros varones como él, perseguidores de lo imposible y lo maravilloso, han logrado llevar a cabo, para terminar o para realizar plenamente su sueño infantil. El mundo vive de estas imaginaciones febriles de niños: unos quisieron volar como pájaros; otros quisieron ir bajo el mar como en los cuentos del novelista profético; otros quisieron hablar de un extremo al otro de la tierra sin el uso de alambres o de cables.

La victoria no ha sido infiel con ninguno de ellos.

La victoria no es infiel con ninguna idea que adquiere una forma definitiva y vigorosa en el pensamiento de un hombre, y mejor que de un hombre, en el pensamiento de un niño.

Hay algo, también, que vale ser admirado en él: el silencio inmenso del vasto desierto polar le ha enseñado a apreciar el valor de las palabras. ¡Y es tan difícil alcanzar este justo valor de las palabras!

5. La doncella heroica. Ricardo Fernández Guardia. Crónicas Coloniales

El señor D. Carlos III, de grata memoria, odiaba a los ingleses que lo habían humillado siendo rey de Nápoles, y no bien ciñó la corona de España, por muerte de su hermano Fernando VI, cuando se dispuso a vengar el agravio, metiéndose en el berenjenal del Pacto de Familia y declarando la guerra a la Gran Bretaña, con esperanza de reconquistar el peñón de Gibraltar. No le fue la suerte favorable y en 1762 las escuadras británicas se adueñaron de varias de las Antillas menores, de la Habana y hasta de Manila. La isla de Jamaica, que desde 1655 había pasado a manos de Inglaterra y era en tiempos de paz una guarida de piratas y contrabandistas, sirvió en esta y otras guerras de base de operaciones a los barcos ingleses que hostilizaban las colonias españolas del mar Caribe.

Inglaterra había heredado de los bucaneros y filibusteros el deseo vehemente de apoderarse de un paso interoceánico por la América Central, y no obstante que en esta difícil empresa fracasaron hombres tan audaces como Mánfield y Morgan, era permitido suponer que no resultaría superior a las fuerzas de Su

Majestad Británica. El gobernador de Jamaica William Henry Littleton, juzgando el momento favorable para llevarla a cabo, despachó varios navíos de guerra y dos mil hombres contra Nicaragua que, según decía con visión profética un funcionario español en 1790, «era la llave de los tres reinos, tenazmente codiciada por los ingleses y tal vez más tarde lo sería también por los americanos separados». Las fuerzas británicas arribaron a la boca del San Juan y, guiadas por indios de la Mosquitia, emprendieron la subida del río en balandras y otras embarcaciones pequeñas hasta en número de cincuenta, con la mira de atacar el castillo de la Purísima Concepción, hoy Castillo Viejo. Cien años antes, el general D. Fernando Francisco de Escobelo había construido este castillo, situándolo en la margen derecha del río sobre una colina rocallosa en el raudal de la Santa Cruz, antiguamente llamado raudal del Diablo. Era de modestas proporciones, pero bastaba a defender el paso con sus treinta y seis piezas de artillería, sus murallas, sus cuatro baluartes y sólido caballero, el foso y las estacadas que lo rodeaban por la parte de tierra, más un fortín a la lengua del agua. Para evitar sorpresas lo atalayaba una batería en una isleta situada a corta distancia. No faltaban por lo tanto razones para suponer que en caso de ataque tendría mejor suerte que el de San Carlos de Austria, destruido en 1670 por el filibustero Gallardillo, quien así pudo sorprender y saquear la ciudad de Granada. Bien es verdad que tamaña desgracia aconteció por haber el castellano Gonzalo de Noguera Rebolledo entregado al enemigo esta fortificación, erigida con tantos sudores y afanes por D. Juan Fernández de Salinas, adelantado de Costa Rica, en 1666.

Cuando se presentó la armada inglesa en el río San Juan, en el mes de agosto de 1762, no había por qué temer una nueva traición como la del infame Noguera. El castillo estaba en buenas manos. Su defensa la había confiado el rey al capitán de artillería D. José de Herrera y Sotomayor, militar aguerrido y de un valor a toda prueba, que prestó excelentes servicios, especialmente en Cartagena de Indias durante el sitio de esta plaza en 1740 por el almirante inglés Vernon; pero no inspiraba igual confianza la guarnición en su totalidad compuesta de negros y mulatos. Acompañaban a D. José de Herrera en su destierro—que no de otro modo podía llamarse aquella castellanía remota—su mujer doña Felipa de Udiarte y su hija doña Rafaela, de trece años de edad. El viejo militar sentía por esta niña, única heredera de su nombre, un amor entrañable. Dolíase de verla condenada a vivir recluida en el castillo solitario, donde los días pasaban todos igualmente tristes, sin que ningún halago viniese a romper el tedio de una existencia de exasperante uniformidad. Por todas partes la selva virgen limitaba el horizonte, sombría y monótona como el murmullo de las aguas del San Juan. El castellano había empleado todos los medios que le sugirió el cariño para distraer a su hija; pero los paseos en bote y la pesca en el río cada vez le agradaban menos, prefiriendo, a pesar de saberlo ya de memoria, el relato de los terribles combates que sostuvo su padre contra los ingleses de Vernon y el de las proezas de su abuelo, el brigadier y director general de ingenieros D. Juan de Herrera, quien durante más de sesenta años había servido al rey en Europa y en América, peleando bizarramente contra todo género de enemigos.

Siempre que evocaba estas y otras glorias de los Herreras, el capitán no podía dejar de lamentarse de que Dios no le hubiese deparado, en vez de aquella niña, un varón capaz de continuar las tradiciones de la familia con la espada al cinto y al cual hubiera transmitido sus conocimientos en el arte de la guerra; pero este pesar se lo guardaba en lo más hondo del corazón, por temor de que su hija adorada pudiera lastimarse. Una noche en que después de la cena frugal había recaído la conversación como tantas otras veces, sobre la ciudad de Cartagena de Indias, el capitán se puso a referir cómo había montado la artillería del cerro de San Lázaro, por orden del virrey D. Sebastián de Eslava. Con prolijos detalles y trazando líneas imaginarias sobre la mesa, indicaba el plano de las defensas y emplazamiento de los cañones. La niña le oía muy atenta. No así doña Felipa, que acabó por quedarse dormida en su butaca de cuero. Al notarlo, D. José interrumpió su descripción y dijo con cierta amargura:

—Veo que os estoy aburriendo.

—A mí no, padre. Me gustan mucho las historias de guerra.

—¿Lo dices de veras?

—Sí, y bien sabe Dios que quisiera ser hombre para servir también al rey.

—¡Ah, si lo fueses, cuántas cosas te podría enseñar!

—Para eso no me hace falta serlo

—Es verdad; pero, ¿de qué te serviría aprender a manejar un cañón?

—Cuando menos para engañar el tiempo.

El semblante del capitán se cubrió de un velo de tristeza al oír esta respuesta que revelaba el hastio de la niña.

—Pobrecita mía—murmuró para sí, Y luego, levantándose bruscamente, añadió en voz alta:

—Vamos a dormir, ya es tarde.

Pero aquella noche pasaron largas horas antes de que pudiese conciliar el sueño. Se rebullía en la cama buscando un remedio para el fastidio de su Rafaela, sin poder encontrar ninguno, excepto el sugerido por ella misma y que él consideraba descabellado. Ponerse a dar lecciones de artillería a una chiquilla que aún jugaba con muñecas, ¡qué disparate! Y seguía devanándose los sesos en vano. Sin embargo, a la mañana siguiente D. José Herrera comenzaba a instruir a su hija en el manejo del cañón, convencido de que pronto se aburriría también de este nuevo pasatiempo; mas no fue así y la niña se mostró tan aplicada que al cabo de algunos meses podía competir con los mejores artilleros del castillo. Los soldados de la guarnición no se cansaban de admirar su destreza y certera puntería; el capitán gozaba viéndola agitarse risueña y contenta; sólo doña Felipa solía protestar contra ejercicio tan impropio de una mujer hidalga, pero lo hacía débilmente, temiendo que reapareciese la tristeza de su hija, ya del todo desvanecida. Además, a la buena señora le asistía otra razón para ser tolerante. Procuraba evitar toda contrariedad a su marido, cuya mala salud era para ella objeto de constante preocupación. Desde hacía algún tiempo las fuerzas del capitán declinaban visiblemente y en su semblante demacrado podían leerse los progresos de la dolencia que lo minaba. Una mañana ya no pudo levantarse al toque de diana como era su costumbre; inútiles fueron los remedios que se le prodigaron y al cabo de cuarenta y ocho horas expiraba devorado por la fiebre. Las dos mujeres después de amortajar piadosamente el cadáver del hombre que tanto las había querido, se arrodillaron ante el lecho mortuorio para dar rienda suelta a su inmenso dolor. En el castillo reinaba un silencio respetuoso. Todos deploraban la muerte del buen comandante y más aún orfandad de doña Rafaela. De pronto penetró en la alcoba el sargento a cuyo mando había quedado la fortaleza por no haber en ella ningún oficial. Su aspecto revelaba una gran turbación.

—Señora—dijo con voz alterada dirigiéndose a doña Felipa,—acaba de llegar un soldado de la atalaya con la noticia de que los ingleses suben embarcados por el río.

Doña Felipa se quedó mirando al sargento con ojos de espanto, sin pronunciar una palabra. La niña se puso de pie de un salto:

—¡Hay que reforzar inmediatamente la atalaya!—exclamó,

—He mandado ya preparar los botes y voy a despacharlos—repuso el sargento saliendo de prisa.

Pocos minutos después sonaron cañonazos lejanos y descargas de fusilería. El sargento regresó casi sin resuello para decir que atalaya había caído en poder del enemigo y se veía venir un bote con bandera blanca.

—Nos mandan un parlamentario para pedirnos rendición—contestó doña Rafaela. Y al decir esto se dejó caer sobre el cuerpo inerte de su padre, prorrumpiendo en grandes sollozos. Doña Felipa se retorció las manos implorando el socorro de toda la corte celestial. Pasados algunos instantes de angustia suprema, la niña se irguió. Estaba transfigurada. La natural dulzura de su rostro había desaparecido y en sus grandes ojos pardos brillaba la mirada resuelta y aguda que despedían en vida los del capitán. Su voz se hizo cortante, imperiosa:

—Yo hablaré con el inglés. Vete a tu puesto y prepara la defensa.

El sargento obedeció sin titubear. De prisa y con asombro de doña Felipa que la miraba en silencio, hizo desaparecer las huellas de su llanto, se retocó el cabello y se puso el mejor de sus trajes. A poco rato volvió el sargento para avisarle que un oficial inglés pedía hablar con el comandante. Doña Rafaela salió con paso firme y desde la muralla interpeló al parlamentario que estaba del otro lado del foso, frente al puente levadizo:

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Deseo hablar con el comandante—respondió el oficial en buen español.

—Ahora no es posible, pero yo puedo hacer sus veces.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con doña Rafaela de Herrera. Soy la hija del castellano.

El inglés se descubrió cortesmente.

—Señorita, os ruego decir a vuestro padre que vengo a pedirle las llaves del castillo en nombre de Su Majestad Británica.

—¿Ignoráis acaso que los castillos de Su Majestad Católica sólo se toman por fuerza de armas?

—Esa suele ser la regla cuando hay quién los defienda.

—Y, ¿quién os ha dicho que el de la Purísima Concepción está indefenso?

—Los prisioneros que hemos tomado en la atalaya.

—Os han mentado.

El oficial sonrió maliciosamente:

—Nos han dicho también que D. José de Herrera está gravemente enfermo.

—¿Y cuándo así fuera?

—Sabemos que no hay ningún otro oficial en el castillo.

—No hace falta.

—Somos dos mil.

—Creí que seríais más cuando os atrevéis a intimarnos rendición.

—La resistencia será inútil.

—Falta que verlo.

—¿Es esa vuestra última palabra?

—La última.

—Pronto estaremos aquí.

—Seréis bien recibidos.

El inglés saludó, a la vez que murmuraba entre dientes: «Siempre la incorregible soberbia española»; pero en sus adentros aplaudía la entereza de aquella niña, por cuya boca hablaban varias generaciones de guerreros esforzados.

Doña Rafaela, asumiendo desde aquel instante el mando del castillo, ordenó sepultar el cadáver de su padre con todos los honores prescritos por ordenanza. Al terminar la ceremonia aparecieron las embarcaciones enemigas. Con insolente audacia saltaron los ingleses a tierra, plantando sus tiendas a tiro de cañón; y, seguros como estaban de que la fortaleza capitularía ante sus amenazas, dieron principio a una serie de escaramuzas que bastaron en efecto para acobardar a la guarnición, desmoralizada por la muerte de su jefe. Viendo que los negros y mulatos trataban de rendirse, doña Rafaela sintió bullir con fuerza impetuosa la noble sangre que corría por sus venas y los increpó, afeándoles su conducta. ¿Se habían olvidado acaso del juramento que prestaron al rey de morir en defensa del castillo? ¿De los deberes que les imponía el honor militar? ¿Iban ellos a permitir que se infiriese semejante ofensa a las armas españolas? ¿A entregar villanamente la fortaleza, resguardo de la provincia de Nicaragua y de sus familias, junto con la mujer y la hija de su comandante? ¡Ah, si don José de Herrera pudiera resucitar, cuán pronto obligaría a los ingleses a reembarcarse como en Cartagena de Indias! Los soldados escuchaban respetuosos y cabizbajos las palabras ardientes de la niña; pero en el semblante de todos se pintaba el más profundo desaliento. Entonces doña Rafaela, con arranque sublime, subió sola al torreón de San Fernando, cargó un cañón y rompió el fuego contra el campamento enemigo. Lo hizo con tan buena suerte que al tercer disparo acertó a meter una bala en la tienda del comandante, dejándolo sin vida.

Enfurecidos por la muerte de su jefe, los ingleses emprendieron con saña el ataque del castillo; ya la guarnición, entusiasmada por el heroísmo de la niña, les opuso enérgica y valerosa resistencia, causándoles grandes pérdidas en hombres y embarcaciones. A favor de la oscuridad de la noche renovaron el ataque por el río. Doña Rafaela lo frustró con un ardid muy ingenioso. Hizo empapar sábanas en aguardiente y echarlas encendidas al agua sobre ramas de árboles, para iluminar el campo de batalla. Sorprendidos los ingleses al ver aquellas hogueras flotantes, se imaginaron que se trataba del antiguo fuego griego y suspendieron el ataque. Cinco días duró la pelea, hasta que por fin, descorazonados, los ingleses abandonaron el campo, regresando a sus navíos y a Jamaica.

La derrota de los británicos causó inmenso regocijo en Nicaragua, especialmente en Granada; y cuando la heroica niña llegó con su madre a esta ciudad donde se avecindaron, fue recibida en triunfo y colmada de alabanzas y bendiciones por haberla salvado. Algunos años después entregó su linda y valerosa mano a un caballero granadino llamado don Pablo de Mora; pero la providencia no le deparó la felicidad que su heroísmo y virtudes merecían. Viuda y madre de cinco hijos, de los cuales dos estaban baldados, vivía doña Rafaela sumida en gran pobreza cuando en 1780 estuvo en Granada el capitán general de Guatemala don Matías de Gálvez. A él acudió la desventurada heroína suplicándole que se informara del glorioso suceso, a fin de que diese cuenta al rey e inclinase su piedad católica a correr a una española, hija de tan honrados padres y abuelos. Don Matías de Gálvez se apresuró a escribir sobre el asunto a su hermano el ministro de Indias, y el 11 de Noviembre de 1781 don Carlos III recompensó con una modesta pensión vitalicia a doña Rafaela de Herrera y Uriarte, por haberle hecho «tan señalado servicio... consiguiendo, a pesar de las superiores fuerzas del enemigo, hacerle levantar el sitio y ponerse en vergonzosa fuga». Estas mismas son las palabras de la real cédula.

Cuando el rey de España otorgó esta recompensa mezquina y tardía a una mujer acreedora a los más grandes honores, los ingleses habían vengado ya el descalabro que doña Rafaela les infligió. Una expedición procedente de Jamaica y mandada por el coronel Polson, de la cual formaba parte el capitán Horacio Nelson, futuro vencedor de Trafalgar, atacó el castillo de la Purísima Concepción en abril de 1780, obligándolo a capitular el 2 de Mayo siguiente, por falta de agua y después de veinte días de asedio y

encarnizados combates. El comandante don Juan de Ayssa lo defendió con insigne bravura, pero menos fortuna que la doncella heroica.

En 1857, uno de los descendientes de doña Rafaela, el general don Tomás Martínez, fue llamado a ocupar el solio presidencial de Nicaragua, y con este motivo el periódico del gobierno evocó el recuerdo de una hazaña que merece ser perpetuada bronce. No han faltado quiénes la pongan en duda, entre otros un notable escritor norteamericano, apologista del filibustero William Walker: pero los testimonios escritos y fehacientes que se conservan, proclaman a doña Rafaela una de las más grandes heroínas de todos los tiempos.

6. Elogio de la lengua materna. Manuel González Zeledón. Magón

Los que somos de origen hispano, consideramos esta lengua como cosa sagrada. Ella ha sido intérprete de las glorias y de los pesares de la patria: en ella recibimos el precioso legado de nuestra historia; en ella están escritos nuestra fe de bautismo y el epitafio de nuestros padres; con un grito de esa lengua expresó nuestra madre el angustioso dolor de nuestro nacimiento y con ella gorjeó en nuestros oídos su primer dulce caricia; con ella pusimos melodía a nuestros primeros acentos; con ella balbuceamos nuestras primeras oraciones y recibimos los primeros consejos; con ella penetraron a nuestro cerebro las enseñanzas de la Ciencia; con ella expresamos a la amada de nuestro corazón, nuestro sincero cariño y sus melifluas palabras llenaron de gozo nuestras almas; en ese idioma, al borde de la cuna, dimos la bienvenida a nuestros hijos y al borde del sepulcro, dimos la despedida a nuestros padres; y con él hemos expresado nuestras alegrías, nuestros dolores, nuestras glorias y nuestras decepciones; en esa lengua hemos pedido a Dios el pan de cada día y el consuelo de cada instante; y ella vibrará por última vez en nuestros labios cuando, al final de la jornada, enviemos el postrimer adiós a la vida.

7. La araucaria de don Mauro. Rómulo Tovar

Hay en el patio central de vieja casa de don Mauro una araucaria sembrada. Todavía vivía el dueño de la casa cuando fue puesto allí el pequeño árbol exótico.

Supongo que fue obsequio de un amigo, tal vez mejor, de un discípulo suyo. Hemos visto ese arbolillo cuando comenzó a crecer: lo hemos visto en su infancia, en su adolescencia; tal vez ya no en su juventud. Ese árbol extraño ha presidido, en cierta manera, la vida íntima de la familia: a su alrededor han pasado, en la constante actividad del día, todos cuantos formaban la familia de don Mauro, por muchos años. También la biblioteca de don Mauro miraba hacia el patio: abría sus grandes ventanas, casi majestuosas, amigas del aire y de la luz. Por esas ventanas, ese noble hombre ha lanzado una y otra mirada hacia el árbol que va creciendo. Después va a comenzar la tragedia de la vida. Primero se irá un hijo. Otro día se irá don Mauro. Hay un precioso cuento japonés, recogido por Lafcadio Hearn, en que un hombre, de un alma profundamente generosa, ofrece su espíritu para vivificar a un árbol, a un cerezo japonés que va agotándose por falta de sustancia. El cerezo seguirá floreciendo cada año, en una belleza que corresponde a la excelencia del sacrificio hechos en su favor. Don Mauro, que siempre se dio a todo interés alto con un perfecto desprendimiento y con un superior concepto del sacrificio, ¿no ha dado su grande espíritu para vigorizar el árbol que preside la vida del hogar como una preciosa divinidad? Ya la casa ha quedado solitaria: ya no se oyen los cantos y las risas de las niñas; ya no vuelan hacia el árbol las plegarias de las mujeres piadosas; ya no se amparan a su sombra los hijos. El árbol se va quedando solo, cada vez más solo, y sin embargo sigue creciendo. El sigue representando la vida en la vieja casa de don Mauro. Va creciendo, se va convirtiendo en grande árbol: ahora asoma sobre el techo de la casa; más tarde, un primer círculo de ramas se balancea sobre las tejas de la casa abandonada; años después aparece un segundo círculo, un tercer círculo: el árbol no se detiene en su crecer fatal o inevitable. Digamos: pasa de su adolescencia, se hace

joven, alcanza la edad de la madurez comienza a envejecer. ¿Cuántos años tiene este árbol? ¿Cuántos años va a durar más? Allí está, en medio de las ruinas de la casa de don Mauro, todavía fuerte, todavía en pie, todavía con un brote en la cumbre, renovándose perpetuamente.

La casa ya nada tiene de la antigua majestad de la casa que habitó el Maestro: todo va desapareciendo en ella: las baldosas de los amplios corredores, las maderas de las puertas y ventanas; aún las paredes. Pero la araucaria continúa representando el antiguo ritmo del hogar desaparecido. El viento canta en sus ramas circulares; los pájaros que vienen de las montañas indígenas allí se detienen un instante antes de emprender el vuelo en una gloriosa emigración hacia selvas desconocidas. Desde que don Mauro se ha ido hasta ahora, el mundo de la ciudad se ha transformado poco a poco: es más grande, es más expresiva, es más representativa. El árbol es el testigo de todo esto. También, conforme a los deseos profundos de don Mauro, la República ha ganado en sentido: sirve bien a la libertad, sirve a la justicia, sirve al bien de todos. El árbol acaso no sea indiferente a nada de esto. Ahora ya es grande y completo árbol: también su dueño fue un grande y completo hombre. Mientras la araucaria exista vigilante, severa, majestuosa, ella seguirá pareciendo como una divinidad que guarda los tesoros de una vida eximia, para advertencia de todos los que miren el brote de su más elevado extremo.

8. Ejemplos. Texto de Kahil Gibrán. Trad. Por Brenes Mesén El espanta-pájaros

Dije una vez a un espanta-pájaros: «Estarás ya cansado de estar en pie y solitario en este campo». Y respondiéndome: «La alegría de espantar es profunda y durable y jamás me canso de ello».

Díjale después de un momento de reflexión: «Verdad dices, porque yo también conocí esa alegría.»

Repondiéndome él: «Solo quienes están rellenos de paja pueden saberlo».

Le dejé, sin estar seguro de si me había adulado o deprimido.

Trascurrió un año durante el cual se hizo filósofo el espanta-pájaros. Y cuando junto a él pasé de nuevo, vi dos curvos construyendo un nido bajo su sombrero.

El perro sabio

Pasó una vez un perro sabio cerca de un grupo de gatos.

Al aproximarse vio que estaban muy interesados en algo y que no se cuidaban de él.

En ese punto, levantóse por encima de grupo de ellos un gato grande y grave, el cual, mirándoles, dijo: «Hermanos, orad; y cuando hayáis orado una y otra vez, sin duda alguna, en verdad os digo, lloverán ratones.»

Y cuando esto oyó el perro, rio en su corazón y apartándose de ellos, iba diciendo: «Ciegos y torpes gatos, ¿acaso no está escrito y no sé yo, ni supieron mis padres antes que yo, que cuando se ora con fe y se suplica, lo que llueve, no es gatos, sino huesos? **Los dos eremitas**

En una solitaria montaña, vivían dos eremitas que adoraban a Dios y se amaban mutuamente.

Esos dos eremitas tenían una escudilla de barro, y esa era su sola posesión. Un día un perverso espíritu se entró en el corazón del eremita más anciano y acercándose al joven, díjole: «Hace ya mucho que vivimos juntos. Ha llegado la hora de que nos separemos. Distribuyamos cuanto tenemos.»

El más joven entonces se entristeció y dijo: «Me apesadumbra, Hermano, que tengas que dejarme. Pero si necesariamente debes irte, así sea,» y trajo la escudilla de barro y se la dió diciendo: «No podemos dividirla, Hermano, que sea tuya.»

Entonces el más anciano eremita dijo: «No acepto caridades. No tomaré sino lo que es mío. Debe dividirse.»

Y el más joven dijo: «Si la escudilla se parte ¿de qué utilidad será para ti o para mí? Si quieres, podemos echarla a la suerte.»

Pero el más viejo dijo aún: «Quiero sólo lo que es de justicia y es mío, y no confiaré a la suerte la justicia ni lo que es mío. La escudilla debe dividirse.»

El más joven no pudo entonces argumentar más y dijo: «Si esa es tu voluntad, quebraremos la escudilla ahora.»

Pero el rostro del más viejo se ennegreció y gritó: «Oh maldito cobarde, tú, que no quieres reñir.»

El dar y el tomar

Érase un hombre que poseía un valle repleto de agujas. Y vino una vez a él la madre de Jesús y díjole: «Amigo, la vestidura de mi hijo está desgarrada y por fuerza debo remendarla antes de que vaya al templo. ¿No me darías tú una aguja?»

Y no le dio la aguja, sino un discurso sobre el dar y el tomar que habría de hacerle aprender a hijo antes de dirigirse al templo.

La zorra

A la salida del sol una zorra miró su sombra y dijo: «Hoy me almorzaré un camello.» Y toda la mañana anduvo en busca de camellos. Pero volvió a ver su sombra al medio día y dijo: «Con un ratón tendré bastante».

El rey sabio

Una vez gobernaba en la distante ciudad de Wirani, un rey que era a un mismo tiempo sabio y poderoso! Y temido era por su poder y amado por su sabiduría.

En el corazón de la ciudad había un pozo cuyas linfas eran frías y cristalinas y del cual todos los habitantes bebían, inclusive el rey y sus cortesanos, porque no había otro pozo.

Una noche, cuando todos estaban dormidos, una bruja entró en la ciudad y derramó siete gotas de un extraño líquido en el pozo, y dijo: «Desde esta hora quien bebiere de esta agua quedará loco.»

A la mañana siguiente todos los habitantes de la ciudad, salvo el rey y su gran chambelán, bebieron del pozo e hicieronse locos, como lo predijera la bruja.

Y durante ese día las gentes en las estrechas calles y las plazas del mercado, andaban cuchicheando el uno al otro: «Está loco el rey. Han perdido la razón el rey y el chambelán. No podemos ser gobernados por un rey loco. Tenemos que destronarlo».

Esa tarde ordenó el rey que le llenasen un vaso de oro con agua del pozo y cuando lo trajeron, bebió y dio a su chambelán a que bebiese.

Y gran regocijo hubo en la distante ciudad de Wirani porque su rey y su chambelán habían recuperado la razón,

Ambición

Juntáronse tres hombres a la mesa de una taberna. Era uno un tejedor, otro un carpintero y el tercero un cavador.

Dijo el tejedor: «Hoy he vendido un hermoso sudario por dos piezas de oro. Bebamos el vino que deseemos.»

«Y yo» dijo el carpintero «he vendido hoy mi mejor ataúd. Tengamos con el vino un gran asado.»

«Yo sólo he cavado una fosa» dijo el sepulturero «pero mi cliente me pagó el doble. Tengamos tortas también.»

Y toda la tarde estuvo ocupada la taberna, porque pidieron a menudo vino y tortas y asado. Y estuvieron muy alegres. Y el hostelero se frotaba las manos y de contento sonreía a su mujer, porque aquellos huéspedes gastaban liberalmente.

Quando salieron de allí, estaba alta la luna e iban por la calle cantando y gritando.

El hostelero y su mujer, parados en la puerta, los miraban ir.

«¡Ah!» dijo la mujer «¡qué caballeros! ¡Tan generosos y tan alegres!; si pudiese esa buena fortuna llegarnos todos los días! Entonces nuestro hijo no necesitaría ser tabernero ni trabajar tan duro. ¡Podríamos educarlo bien y hacerlo sacerdote!» **La granada**

Una vez, cuando yo vivía en el corazón de una granada, oí a una semilla diciendo: «Algún día llegaré a ser un árbol, y cantará el viento entre mis ramas, el sol danzará sobre mis hojas y seré fuerte y bella durante todas las estaciones».

Luego otra semilla habló y dijo: «Cuando era yo tan joven como tú, abrigué las mismas aspiraciones, pero ahora que puedo medir y pesar las cosas, veo que fueron vanas mis esperanzas».

Y una tercera semilla también habló: «Nada veo en nosotras que prometa un porvenir tan grande».

Y una cuarta dijo: «¡Pero qué escarnio sería nuestra vida sin un porvenir mejor!»

Dijo una quinta: «¿Por qué disputar acerca de lo que seremos si aún ignoramos lo que somos?»

Pero la sexta replicó: «Lo que somos eso continuaremos siendo.»

La séptima dijo: «Tengo clara idea de lo que serán todas las cosas, pero no puedo expresarlo con palabras».

Luego habló la octava, y la novena, y la décima, y luego hablaron muchas y nada pude comprender a causa de las muchas voces.

Y ese mismo día me trasladé al corazón de un membrillo en donde son pocas las semillas y se hallan casi silenciosas.

9. El viento. Roberto Brenes Mesén, 1904

Llevamos diez y ocho horas de viento. La tempestad ha agitado el dormitar de la noche.

Es un monstruo ágil el viento. Baja saltando desde las cimas; se detiene con rabia a destrenzar las cabelleras sonantes de los árboles, y luego, como si pusiese las plantas encima de sus nuca sin vello, se da un impulso y salta de nuevo para ir agarrarse silbando como un nudo de serpientes a los techos de paja; los sacude, los echa a tierra y gira y se marcha cantando sin mirar hacia atrás.

Como si estuviese cansado cae con las alas abiertas sobre los techos de zink, los agita pesadamente, picotea con soberbia y graznando se aleja. Llega a la casa de madera, se asoma a las rendijas, sopla, silba, muge e hincando sus garras de acero, remueve la casa de los cimientos al techo: todo tiembla y cuando el espanto despierta en el interior, se ahuyenta el viento con un largo relincho de caballo salvaje corriendo sin fin en la pampa.

Esta otra racha es de alas potentes; por lo alto, por lo alto arrastra las hojas. Desciende para levantar una nube de polvo y se la lleva consigo para cegar los ojos de los hombres y las bestias, para rellenar los ojos y la boca de las casas, para bañar las hojas, para vestir de amarillo las dormidas serpientes de los caminos Mirad: aquí van los cachorros del viento. Gruñen mientras corren; juegan, se entretienen con un trompo de polvo o se echan a correr desesperados por todos los senderos, buscando mujeres y en las mujeres, las piernas para oír cómo reniegan, para gozar con sus congojas.

Este otro viento, es un ebrio: tantea todas las puertas, se recuesta en las ventanas, murmura palabras coherentes o incomprensibles; jura, llama, alborota o callado se marcha rozando los muros hacia una cárcel distante.

Los árboles de los caminos están locos: se cubren la cabeza con el follaje como si tuviesen cuellos marineros vueltos contra el viento; agitan los brazos, pelean, boxean y las hojas inocentes vuelan. Están locos: crujen, como perseguidos por una visión fantástica; hay en ellos signos de espanto, de un espanto profundo de vegetales; gimen, se quejan, se desesperan, están locos y los desgraciados no pueden echar a correr. Ved allá, aquel que lo intentó, desde un alto paredón, cayó a tierra, muerto con las raíces al aire, doloroso como un ser viviente despanzurrado.

Están locos los árboles de todos los caminos: es ya muy largo, muy largo su tormento. Polvo y viento, polvo y viento como espíritus del mal, soplan en sus oídos las más extraordinarias contorsiones. Están locos de atar todos los árboles de todos los caminos y es inacabable aun el tormento del viento.

10. La mata de los cincos. Joaquín García Monge, 1910

Un sentimiento egoísta impulsa sin duda al inquilino urbano o rural que antes de abandonar para otro inquilino la casa en que le tocó vivir una corta o larga temporada, destruye, cuando no se las lleva, las plantaciones que para regocijo o sustento propio y de los suyos, con su propia mano cariñosa sembrara un día en los contornos.

En esta conducta vulgar hay una gran falta de respeto por los esfuerzos ocultos y visibles de la vieja y paciente madre Tierra, que brinda sus tesoros para todos, haciendo caso omiso de los repartos temporales, arbitrarios, convencionales y egoístas que los hombres hacen de ella. Hay también irrespeto para con el trabajo personal. Amorosamente vigilamos la siembra, el desarrollo y el fruto de las plantas que nos sirven de sustento o alegría. Muchas de ellas, sin nuestra tierna vigilia perecerían en la jornada. ¿Cómo, pues, tenemos corazón para destruirlas, cuando ya quizás están en vísperas de ofrendarnos sus perfumadas primicias?

El trabajo tiene cierta santidad y no hay egoísmo ni rencor, ni capricho que justifiquen la destrucción de aquello que nos ha costado, de aquello que por esfuerzos sucesivos es obra de nuestras manos o de la Naturaleza, ayudada por nosotros. Tratándose de plantas, la crueldad salvaje de destruirlas es mayor, porque son nuestras apacibles compañeras que nos ven, que sienten y nos agradecen cuanto por ellas

hicimos. Destruir inútilmente una planta, sobre todo si está para dar una cosecha saludable, es un pecado tan cruel y estúpido como matar los pajarillos que alegran nuestras faenas y reposos con sus cantos de salud y amor.

En este, proceder hay, además, una pérdida evidente de riqueza, porque se botan muchos cincos a la calle. ¡De veras que con ello se destruye la mata de los cincos de que hablamos engañosamente a nuestros niños cuando no queremos darles el cobre que nos solicitan! Cada planta en cosecha es una mata de cincos y muchas plantas constituyen para un país una riqueza inmensa. Hablémosles seriamente a nuestros niños de la mata de los cincos, señálemosles los sitios numerosos en donde se halla como viviente realidad, e enseñémosles a sembrarla y a cultivarla con cariño e inteligencia, pero desarraiguemos de su corazón el sentimiento perverso de destruirla inútilmente en la época sagrada de su vida, cuando va a rendir un fruto que siempre es bien y una riqueza efectiva, muchos cincos, aun cuando no sean para nosotros. Las fuerzas naturales que han contribuido a elaborar esa riqueza no pertenecen a ninguna persona determinada, antes bien están distribuidas en el Universo para disfrute y beneficio de todos los que quieran aprovecharlas con buenas intenciones.

«¡Yo no siembro para que otros cosechen! Mis esfuerzos que sean para beneficio mío, pero de ningún modo para los demás. Que lo que yo haga y tenga, viva y muera conmigo. ¿Los demás?... ¡Qué me importan los demás...!» Así piensan por lo común los que no siembran árboles de fruto tardío, aun cuando sean un bien y una riqueza para el país. El temor de que sólo sean nuestros descendientes o no los que recojan ese fruto, nos abstiene de plantarlo ahora. Este egoísmo aldeano es una rémora para la agricultura de un país. Piénsese cuántos hombres dueños del suelo proceden así y calcúlese cuántas ocasiones se pierden por lo consiguiente de hacer más y más rica a nuestra nación.

Tal egoísmo es el que impide que se cultiven y hermosteen los suelos urbanos y campesinos anexos a las casas de alquiler y propias también, aun cuando parezca extraño.

Se habla a menudo de que la tierra arable, descansada y fértil ya escasea en las cercanías de nuestras ciudades y no se piensa que dentro de ellas existen, en parcelas aisladas, muchas manzanas que dormitan con sus olvidados tesoros bajo la fealdad de los charrales. Terrenos abonados, que darían sus riquezas sin grandes costos, sin fletes subidos, sin malos caminos; que hasta podrían cultivarse de noche, porque la luz eléctrica de las calles los ilumina. Y los moradores pobres o acomodados de las casas anexas a estos solares, en el ocio y la murmuración pasan muchas horas diurnas que podrían emplear noblemente cultivando flores y hortalizas pajal sustento barato de sí mismos y ornato, limpieza e higiene de sus hogares. Esto es lo que precisamente hacen los sajones con los solares de nuestras casas, aunque les pertenezcan; los explotan y embellecen mientras en ellas viven; sin egoísmos, satisfechos de dejar al sucesor un hermoso ejemplo de actividad para los ratos de holganza y una morada decente para vivir conforme a la higiene moderna. Pero a menudo acontece que no seguimos este buen ejemplo y a pocos días dejamos que las malezas, en virtud del egoísmo susodicho y de la falta de amor por la naturaleza, invadan los contornos de nuestras casas que recibimos en cultivo y hermosteados. Esta conducta es tan censurable como la del que no mejora para que el posible sucesor no disfrute.

¿Qué habría sido del mundo si los antecesores hubieran procedido con tanto egoísmo? ¡Apenas estaría la humanidad más acá de la barbarie! ¿A quién si no a ellos, debemos la vida confortable de nuestras casas modernas, que nos abrigan de la intemperie y de la humedad, las ventajas de la luz eléctrica, del vestido, del tranvía, las numerosas ocasiones de instruirnos con facilidad y regocijo?

Los esfuerzos sucesivos y desinteresados de los sabios, inventores o ignorada muchedumbre de obreros del pretérito son los creadores de todos los progresos materiales y espirituales que hoy hacen nuestra vida más bella y más buena. Por lo tanto, sigamos el ejemplo de los antepasados y sin descanso trabajemos por enriquecer y mejorar la valiosa herencia que nos legaron y sin egoísmo entreguémosla a nuestros hijos vara

que ellos a su vez continúen perfeccionándola. He aquí nuestro más sagrado deber: de otro modo regresaríamos a la barbarie.

Sugiero a los maestros el tratamiento del asunto de este escrito en una de sus clases de moral. La escuela debe combatir todas las tendencias egoístas y regresivas de nuestro pueblo. Y para remediar la inepticia e infundir amor al suelo en que vivimos, el cultivo sencillo, casero y amable de las flores y hortalizas debiera ser objeto de estudio y práctica por parte de nuestros escolares de ambos sexos.

11. TRAZOS. Pío Víquez

(Recuerdos de viaje). En Atenas

Ya estamos en Atenas. Hemos burlado las amenazas del cielo. Nubes pardas y densas se apresuraban a enfriarse para caer sobre los caminantes. Se chasquearon; pero Mr. Biolley estuvo a punto de ser sorprendido por la terrible descarga. Caballero sobre un venerable *rocín* de pacífico carácter y reposado continente, hizo lo que parece muy natural: entregarse a graves contemplaciones y metafísicos pensamientos; elevarse a las cumbres y reflexionar sobre el porvenir del mundo. Por fortuna el viento frío y amotinado que empujaba las iras de Dios, le azotó a tiempo las espaldas. Comprendió el peligro, hizo con la espuela saludables y enérgicas requisitorias a la cabalgadura, y logró ampararse bajo el techo que ya cubría a sus compañeros, cuando las avanzadas del aguacero y 'del huracán disparaban sobre sus huellas. Los magníficos meteoros desataron inmediatamente toda su cólera. Satanás descendió sobre los relámpagos, deseoso de refrescar su temperatura infernal, y puso en juego todas sus malas artes para agrandar los agujeros a la regadera y para darse la mecida más estupenda en los aires atenienses. Por algunos minutos llegamos a temer que la casa fuera arrancada de sus cimientos y que echáramos a volar por esos mundos delgados donde Dios quema el rayo y rueda el trueno. Días después, alguien contaba a sus oyentes estupefactos que los chorros no lograron humedecer las calles, porque el huracán los hacía polvo y nube antes que tocasen el suelo. El cuento no pasa de ser historia Peregrina, pero se acerca a la verdad. Lo que no tiene nada de mentira, es que hubo arboles rotos y maltrechas sementeras.

Comimos como Dios quiso, y tan pronto como la noche cerró, buscamos el reposó.

Lechos y ropas no habrían merecido ciertamente alabanza, pero sí gran vituperio. Sin embargo, bien poco tuvo que hacer el sueño. Su dedito sedoso no había tocado aún en nuestros párpados, cuando éstos se entornaron sintiendo ya la cosquilla.

Montados nuevamente a las cinco de la mañana, acabamos de despertar. El aire matutino estaba tibio, travieso y perfumado. A su contacto se dilataron briosamente nuestros pulmones y todas las venas se alegraron con el calor de la vida. Recibió el cognac nuestro saludo respetuoso y echamos a caminar.

Amigo de las quimeras, me detuve a conversar con el paisaje o con los espíritus invisibles que abrían las puertas del cielo a los rubios albores. La primera luz temblaba ya en el perfil de los montes, y en hebras delgadas caía sobre los valles. La hora y el lugar eran a propósito para los dulces deliquios, y amor agitaba sus alitas sobre los rayos del alba.

Algunos aficionados al rapazuelo se dignaron acompañarme en mis excursiones por el éter.

Llegamos a la cumbre del monte, del famoso monte del Aguacate. Crespo acudió a mi memoria; pero calculé su fortuna y con desdén lo arrojé del aposento.— Pobres eran las arcas del rey de Lidia. Yo tenía a mis pies una montaña de oro. Reflexioné sobre la importancia del precioso metal, sobre lo mucho que contribuye a la felicidad del hombre, y a la grandeza y poderío de las naciones; y dije:— «¿Por qué no ha de ser grande Costa Rica? ¿Por qué no ha de ser poderosa Centro América? Cuántos archimillonarios ocultos en las entrañas de este monte gozan egoístas de sus tesoros sin pagar tributos al Estado! ¡Cuántos caminos de hierro, cuántas escuadras, cuántos ejércitos, cuántas obras del arte y de la ciencia, cuántos fiscos

valiosísimos, cuánta cultura y esplendor colocados inútilmente bajo esta mole pesadísima! Venturoso aquel día en que sean desgarradas las entrañas de varias empresas mineras, pero puede haberlas en número mucho mayor, y en condiciones más ventajosas. Se necesita inmigración, bastante inmigración. La agricultura y el comercio se tragan nuestras fuerzas, y si no vienen muchas gentes de fuera a engrosar nuestras filas, quién sabe hasta cuándo no podremos dedicar suficiente atención a las demás industrias.

La mirada dominó desde la cumbre del monte una vasta región a los cuatro vientos, más arrugada todavía que la cara de la vejez, pero más afelpada y lustrosa que el rostro de una mujer en primavera. Era de ver cómo el trabajo había estampado su callosa mano en aquella naturaleza riquísima. De frente teníamos el mar al alcance de los ojos, pero sólo la imaginación logró verlo al través de la bruma.

Calentamos la espuela en el ijar de los brutos, que ya se dormían, merced al rapto de nuestras almas, y con toda prisa proseguimos la jornada, El descenso fué penoso. La lluvia del día anterior había jabonado el zigzag. En el último recodo ocurrió un percance que estuvo a punto de ser funesto. La suerte nos tendió la mano en el peligro, y lo que pudo ser motivo de consternación, lo fué de burlas, de risa y de buen humor. La bestia que montaba Aguilar dió una zafada de cascos, y el edecán fué a tierra con el bruto. El socorro fué oportuno y todo quedó en su lugar.

12. Recuerdos de la niñez. María Ester Amador (Clara Diana)

Nochebuena

La media noche sería, cuando oí la voz de mi abuelito que me llamaba, y me decía que viera al Niño Dios que ya se iba. Abrí mucho los ojos y miré hacia la puerta: vi una gran claridad y una figurita blanca que salía. Cerca de mí habían quedado un pianito y una gran muñeca que cerraba los ojos. No dormí más aquella noche; pensaba en las muchas visitas que iría haciendo el Niño Dios a los chiquitos.

Sabía leer

Tenía cuatro años y me absorbía la ilusión de saber leer. Si algún libro o periódico caía en mis manos, decía en voz alta y con énfasis; cuantas cosas se me ocurrían, asegurando que estaban escritas allí. Un día me llamaron la atención, unas letras gruesas, rojas, impresas en una lata grande, Pregunté qué decían esas letras, y se me dijo: «Manteca pura de chicharrón.» Desde entonces pregoné que sabía leer y frente a todos los papeles y libros, repetía: «Manteca pura de chicharrón.»

En el potrero

Me enteré que el abuelito iría al día siguiente una propiedad más arriba *Puente de Tierra*. Pocas veces lo había acompañado a ese lugar, pues costaba conseguir permiso. Rogué mucho a la abuelita, y al otro día, muy de mañana, íbamos el abuelito y yo en conversación interminable. Muy larga la jornada, pero no me fatigaba. Después que almorzamos, a la orilla de un arroyo, me puse enojada porque no me permitió descalzarme y meterme al agua: también quería unas begonias que no podía alcanzar. Me fui el abuelito, que iba a darles sal a unos bueyes y vacas que tenía en el potrero. Vi que no estaba mi sombrero donde había quedado; un buey estaba masticando y tenía colgada del hocico una tirita de paja negra. Se había comido mi sombrero y me puse a llorar. El abuelo rió mucho ese día.

El sábado

El sábado tenía algo especial en la semana. Siempre, ese día, iba el abuelo a la ciudad, a comprar los víveres para la semana. Al medio día se llenaba la cocina de mayor movimiento que de costumbre. Una tía-abuela, achacosa y blanca la cabeza, con las ropas engomadas y muy limpias, molía el cacao, que un rato antes había tostado tía Esmeralda. (Porque café y cacao se tostaban y molían en la casa.) Apenas hechos los primeros *panecillos*, mi abuelita batía un chocolate en leche exquisito, acompañado de tortilla de queso o de

empanadas. Mucho hablaban y reían en la cocina. Solían recordar sus años mozos y fue así como supe de costumbres y cosas de otros tiempos.

La discípula

En estos recuerdos de mi niñez, no puede faltar la figura y buena de mi primera maestra, que obligó a mis torpes dedos a hacer palotes y luego me hizo el bello mal de enseñarme a leer. Era mi maestra una normalista joven, vecina y amiga de mi familia, que me había visto crecer casi al lado. Durante unos meses asistí a sus lecciones de cinco a seis de la tarde. Una vez ella me llamó «discípula». No comprendí el significado, pero, al volver a casa, sentí dentro de mí, un valor especial y algo como una ternura que me daba aquella palabrita...

Entonces tenía seis años.

13. El naranjo. María Leal de Noguera. San Cruz

Mayo nos ha saludado con dos o tres aguaceros torrenciales. El suelo, que ha poco era una enorme masa movible que viajaba en alas del viento, se ha endurecido y de él emana un olor especial; olor de tierra, de campiña, que se nos mete hasta el corazón.

La nueva estación ha bautizado las plantas y las cosas, limpiándolas. Les ha quitado la capa de polvo que las cubría. Todo ha cambiado maravillosamente; ¡cada gota ha sido un don del Señor!

Entre las plantas que resisten vigorosamente la estación seca, está el naranjo. ¡El naranjo...! Bendito sea este árbol! ¿Cómo no... si para nosotros los aldeanos guanacastecos es casi un miembro de la familia? Allí donde se construye una cabaña, o la casa del rico hacendado, o de quien quiera que sea, en torno, en fileras uniformes se plantan naranjos. Su copa, de un verde oscuro profundo y lustrosa, jamás cambia. Apenas si empalidece un poco para comenzar a mudar sus hojas pocos días después de los primeros aguaceros. Pero el árbol no queda desnudo, porque las hojas que durante un año engalanaron el árbol y le dieron vida y purificaron el aire y dieron sombra, caen empujadas por los renuevos de hojas y racimos de flores.

Al venir junio los naranjales están vestidos de blanco y verde. Los patios de las casas, cubiertos de pétalos blancos y el aire, perfumadísimo.

¡Árbol amigo, tu sombra, tu belleza, han dado a mi hogar la paz y sencillez de sus horas!

El patio de mi casa era un parche de sol candente; pero una vez se me ocurrió hacer un almácigo de naranjos en un tiesto y coloqué de modo que recibiera plenamente la luz solar. Con alguna impaciencia visitaba cada mañana el sitio donde los pusiera, para ver si había algún indicio de germinación. Nada anormal encontraba. Siempre allí el tiesto con su tierra húmeda indiferente. Hasta que, en la mañana del vigésimo segundo día, ví maravillada una serie de puntitos finísimos esparcidos en la superficie del puñado de tierra. A los seis meses tenían ya treinta centímetros de altura, por lo que resolví trasplantarlos en torno de la casa en que habito. Les dediqué todo el cariño y atención posibles; regándolos durante la estación seca, defendiéndolos de los animales (cerdos y gallinas) etc. Al finalizar el primer año tenían un poco más de medio metro. En el segundo alcanzaban ya la altura de un metro. Tenían muchas ramitas laterales, las que parecían pedirme se las quitara. Efectivamente, al comenzar la estación lluviosa hice que los podaran para estimular el crecimiento. Este mismo cuidado tuve en los años sucesivos.

Cinco años hacía de haber plantado los diminutos árboles y no pocos malos ratos pasé en el afán de defensa, contra las gallinas principalmente, que por buscar insectos y aprovecharse de la humedad del tronco, casi los arrancaban de raíz. Pero ahora, cuán diferente. Ya no había que regar ni cuidarlos tanto,

pues los naranjos bebés se habían transformado en gallardos jóvenes de tres metros de altura, con amplia copa.

Cuando vino nuevamente mayo con su lluvia fecundante, culminó mi alegría, y mis afanes fueron pagados con creces. Los árboles se cubrieron como de costumbre, de renuevos verdecitos y un día de tantos, en medio de la hojarasca voy viendo algo así como una diminuta gota de nieve en el fondo, como pedacito de cuajada; ¡Dios santo, la primera flor! ¡Y este acontecimiento tan sencillo, trajo puras alegrías a mi hogar!

Con el correr de los años, he observado que el naranjo tiene, como las personas, amistades a quienes sirve desinteresadamente. Entre éstas se cuenta una mariposa de unos dos y medio centímetros de longitud, color amarillo verdoso, o más bien anaranjado. Vuela por mañanas entre el follaje oscuro del árbol. Se posa y allá con inquietud marcada, como si buscara algo. De pronto se detiene en una hoja de las más ocultas, se está allí en el reverso muy quieta por algún tiempo. Luego sale volando en ondulaciones caprichosas y desaparece a lo lejos. Pero en la hoja ha dejado una serie de gusanitos o larvas amarillentas de un tercio de centímetro de longitud y en número de cincuenta a sesenta. A esto hay que añadir que busca la época de la florecencia, en junio, cuando el árbol está con sus nuevas hojas tiernecitas y jugosas. Observando, observando he notado que las larvas crecen con rapidez. A los ocho días tienen un centímetro de longitud, el tórax y la cabeza muy abultados: el color va tornándose verde oscuro como el de las hojas. A medida que crecen van ocupando hojas vecinas, siempre en el reverso; ahí se apiñan tan quietas como si no tuviesen vida. El abdomen se ve ligeramente dividido en anillos; en el tórax aparecen los tres pares de patas rudimentarias, especie de ventosas con las cuales se adhieren tan fuertemente a las hojas que es difícil separarlas.

A los doce días separé una con el extremo de un palito. Tenía ya dos antenas que sacaba en forma de cachitos por lo que los niños les tienen miedo.

Queriendo curiosear más, fui a visitarlas por la noche, pero extrañé no hallarlas en el sitio en donde estaban durante el día; supuse que se habrían caído con el viento y la fuerte lluvia de la tarde. A la mañana siguiente ahí estaban tan quietas como si nunca se hubiesen movido. Noté en el suelo, en dirección de las larvas, una especie de arenilla verde, examiné y comprendí que era sustancia fecal de las mismas. Las ramas vecinas tenían las hojas con picadoras por el borde, casi sólo estaban en el nervio principal.

Esto me llevó a la conclusión de que se alimentan de las hojas durante la noche, para no ser vistas.

Así las cosas; comiéndose las hojas durante la noche y durmiendo durante el día, pasan dos semanas, en las que cambian de color, se ponen completamente del color del tronco, verde muy oscuro con manchas blancas. Con dolor de mi alma, destruí cuarenta y cinco, porque estaban terminando con las hojas. El resto quedó para mis observaciones.

A, la tercera semana, no están ya en las hojas. Ahora se colocan en las concavidades del tronco, cerca del suelo, siempre apiñadas y quietas. Una noche, a, eso de las seis y media las pillé andando árbol arriba en busca de alimento.

A los diez y nueve días en la mañanita fui a buscarlas y ni una encontré en el árbol, pero en la cerca de alambre que pasa junto al tronco, encontré unos saquitos triangulares colgando de un hilo finísimo y con la parte más ancha para abajo, de color amarillo verdoso. No hay duda, pensé: las larvas duermen en su cárcel encantada mientras viene el príncipe, ése que causa los milagros de la naturaleza, y las despierta.

No sé si fue a los dos o tres días después, al rayar el sol, cuando encontré roto uno de los saquitos y sobre él una tierna mariposa, que movía con torpeza aún las alas, estiraba una en pos de otra las patitas, hasta que pudo volar.

Y mis ojos y mi alma participaron de la inquietud de su vuelo en torno del árbol amigo que le dio protección. Y de este modo hubo gran fiesta de aves y mariposas en el patio de mi casita amada.

Estos acontecimientos se suceden todos los años en la Primavera; son siempre los mismos, pero son siempre nuevos al corazón.

14. Una vida de hombre. Rómulo Tovar

Este es hombre sencillo, de una rural sencillez. Si se habla de una rural sencillez, es porque se piensa, al mismo tiempo, en cierta aristocracia que hay en la humildad. Este hombre vive consagrado a sus oficios con una consagración honrada y ejemplar. Siembra sus campos, recoge sus cosechas, hace, de este modo, una riqueza próspera y creciente. Este hombre es bueno, es activo, es religioso, es justo. Tiene, al par de esto, un sentido superior de la ciudadanía. Si se le llama a realizar funciones públicas, apenas acepta aquellas que se ajustan a sus normas de hombre activo. Si se le llama a participar en campañas políticas, él se afilia leal, entusiasta, a aquellos partidos que significan el orden o el buen concepto de gobierno. Pasadas estas cosas, él sigue su tarea diaria de sembrar sus campos, de recoger sus cosechas. Su nombre no hace ruido. Por largas temporadas, no aparece su nombre en los periódicos de su país. Es decir, posee la ambición del vivir tranquilo, en el sosiego de sus campos o cuando más, en el reposo de esas tertulias que al caer del día, se forman en las casas patriarcales de nuestros campos para hablar de negocios agrícolas o de intereses públicos, entre amigos íntimos que se guardan los unos a los otros, mutua simpatía y respeto.

El interés público no se reduce en este hombre a juzgar la conducta de los magistrados, a defender o atacar teorías políticas; a curiosear los incidentes parlamentarios de valor personal. El interés público tiene en él, una elevada expresión de realidad: consiste en hacer algo. Si ese algo trasciende al país, está bien. Si ese algo sirve para realizar un bien limitado a su propio vecindario, él se siente contento de sí mismo.

Su acción en este sentido es amplia, debe ser muy amplia, debe comprender mil formas, desde dar buen trato a sus colaboradores, desde insinuar un consejo, desde promover una institución, desde premiar una virtud, hasta esto que todos han aplaudido con calor y con admiración: dar un terreno para una escuela y hacerse cargo de lo que cuesta construir esa escuela.

Dice un proverbio árabe que una parte de la riqueza de un hombre pertenece a los pobres. Él ha aplicado a sí mismo el proverbio. Ha dado, de esta vez, a los pobres, es decir a los niños, la parte que a ellos correspondía. Esto ha parecido al mayor número, un hecho singular. Por algunos años más seguirá siendo algo extraño. Pero sea que cambien las cosas o sigan como están, es lo cierto que en la biografía que de este hombre sencillo se escriba, se podrá decir que él le dio una escuela a su pueblo.

Que esa escuela sea construida con buen hierro y con buena mezcla y con buenas maderas para que ni los vientos ni las aguas ni el sol del trópico, ni la polilla la destruyan brevemente.

Sea como la casa de la parábola que fue construida sobre la roca dura para que su enseñanza efectiva perdure por un medio siglo, siquiera, al lado de lo mejor que hay en lo nuestro o de lo mejor que haya en el futuro.

15. Los árboles. Rómulo Tovar

Recientemente manifestó D'Annunzio, el poeta italiano, que tenía propósito de renunciar a su vida de solitario, elegida por él después de una tempestuosa actividad, y que su primer acto de vida sería un discurso para promover la siembra de árboles, en la colina italiana, como un homenaje a San Francisco de

Asís, el santo de los poetas. En la vida íntima de D'Annunzio, el hecho posee un sentido magnífico; supone una profunda evolución hacia una forma mística activa, de que es un tipo expresivo el poeta santo. Nos interesa, como lección, el tema elegido por él para su discurso: los árboles. Los buenos hermanos árboles, estos hombres que permanecen años de años, siglos enteros, toda una vasta vida en un mismo lugar, bajo el sol y la lluvia y las estrellas. Casi inmóviles. A veces se dijera que les viene de lo hondo de su alma un deseo de libertad, que quieren ponerse a andar: escalar la montaña abrupta o correr infantilmente por la amplia pradera que se abre delante de ellos sugerente, poderosamente sugerente. Entonces los árboles, incomprensivos, por un momento, de su propio y legítimo destino, se retuercen sobre sus propias raíces. No todos los árboles son así: probablemente lo son aquellos que se encuentran en un período de desenvolvimiento que corresponde a las edades en que el hombre por falta de raciocinio, se deja seducir fácilmente por la naturaleza instintiva. Hay otros árboles cultos, civilizados, muy humanos, todos estos que parecen columnas de un templo, erectos y serenos, cuya solemne pasividad es, necesariamente, la obra de una larga y, sabia disciplina. El poeta moderno ama los árboles como el poeta de Asís: viven naturalmente y sencillamente la vida que anhela vivir el poeta o que el santo exalta; el sol se anida en sus ramas como pájaros de oro; el viento rompe sobre sus flores vasos de esencias recogidas en la selva lejana o en los jardines del mundo; las estrellas, en las noches, se cuelgan de las puntas de sus hojas como farolillos fantásticos de un cuento para niños. El poeta comprende que el árbol es su hermano en la sustancia y en el espíritu. Podríamos referirnos a las últimas investigaciones de un hombre de ciencia, filósofo de la India, que ha demostrado la existencia de la sensibilidad, de una fina sensibilidad en el árbol; pero el árbol ha participado en la fraternidad humana en las grandes épocas en que el hombre estuvo más profundamente penetrado de la Naturaleza. Por eso el poeta hebreo cuelga su arpa de las ramas de los árboles babilónicos en una sincera confianza que nace de verdadera pasión.

La lección que nos da el poeta, renovador de un culto eterno, porque la humanidad no sólo ha amado al árbol sino que lo ha hecho parte de sus inquietudes y de sus glorias y ha terminado por adorarlo, nos da una clara lección también humana, no necesariamente mística: sembramos las montañas de árboles.

Sí, sembramos las montañas de árboles, por la gloria del santo y por el bien del hombre. Nosotros habíamos comenzado a practicar esta lección. Teníamos la fiesta del árbol, la presidían poetas extranjeros o nacionales. Un día del año nuestros niños, los de todas nuestras escuelas, salían al campo llevados por sus maestros, y después de cantar himnos y de escuchar alguna voz que les explicaba el sentido de la fiesta, cada uno, porque todos tenían la obligación de hacerlo, plantaba un árbol pequeño, un árbol niño, en la tierra, para honrar la tierra productiva, para que la generación de árboles no desaparezca del mundo, y para cultivar en el propio espíritu del niño, el amor a las tareas del campo, tenidas como aparte constitutiva de nuestra actividad social. ¿Por qué no hemos seguido haciendo esto cada año como en el primer día? Porque somos un pueblo curioso y versátil: nos gusta la novelería de las cosas y no las cosas en sí mismas. No es muy difícil crear la costumbre. La costumbre es algo contrario a la novelería; la costumbre nace de inteligencia práctica y de entendimiento. Si desde las primeras fiestas cada un año hubiéramos sembrado mil árboles, quizás a estas horas tendríamos diez, quince, acaso veinte mil árboles o mucho más. Ya esto no sería la poesía de las cosas, sino un manifiesto interés vital para la comunidad. Además, el niño habría adquirido la costumbre de sembrar un árbol una vez en su vida siquiera. Sembramos nuestras montañas de árboles.

16. Apólogos. Texto de Kahill Gibrán. Trad por Brenes Mesén

Las dos jaulas

Hay dos jaulas en el jardín de mi padre. En una se guarda un león que del desierto de Nínive le trajeron sus esclavos; en la otra hay un mudo gorrión.

Todos los días, al amanecer, gorrión dice al león: «Que buenos días tengas, hermano prisionero.»

Las tres hormigas

Sobre la nariz de un hombre que dormía al sol encontráronse tres hormigas. Después que se hubieron saludado mutuamente a la usanza de su tribu, pusieron a conversar.

Dijo la primera hormiga: «Son estas colinas y llanuras las más áridas que conocí jamás. Todo el día he buscado un grano de cualquier clase y con nada he dado todavía».

Dijo la segunda hormiga: «Tampoco he hallado nada, si bien he recorrido páramos y escondrijos. Paréceme que es esta la que mi gente llama blanda y movediza tierra, donde nada crece.»

Luego la tercera hormiga, alzando su cabeza, dijo: «Amigas mías, estamos ahora sobre la nariz de la Suprema Hormiga, la poderosa e infinita hormiga, cuyo cuerpo es tan grande que no podemos verle, cuya sombra es tan vasta que no podemos reconocerla, cuya voz es tan alta que no podemos oírla, y es ella omnipotente.»

Cuando hubo hablado de esa suerte la tercera hormiga, miráronse una a otra las dos hormigas que escuchaban y echáronse a reír.

En ese instante movióse el hombre y en su sueño alzó su mano, rascóse la nariz y quedaron aplastadas las tres hormigas.

La ciudad santa

Siendo yo joven díjoseme que en cierta ciudad cada cual vivía de conformidad con las Escrituras. Y díjeme: «¿Buscaré esa ciudad y su santidad?» Estaba lejos. E hice grandes preparativos para el viaje y después de cuarenta días vislumbré la ciudad y en ella entré al día siguiente.

Pero ¡ay! Cada uno de sus habitantes tenía un solo ojo y una sola mano. Y me asombré y pensé para mí: ¿Tendrán los de esta ciudad tan sólo un ojo y una sola mano?» Luego ví que ellos también se maravillaban a la vista de mis dos ojos y mis dos manos.

Y como se pusiesen a hablar entre sí, les pregunté: «¿Es esta realmente la ciudad santa, en donde cada cual vive de conformidad con las Escrituras?» Y dijéronme ellos: «Sí, es esta la ciudad».

Díjeles yo: «¿Y qué os ha sucedido a vosotros? ¿en dónde están vuestros ojos derechos y vuestras manos diestras?»

Conmoviéronse todos los presentes y dijéronme: «Ven y ve». Y lleváronme al templo, en el centro de la ciudad. Y en él ví un montón de manos y de ojos. Todos marchitos. ¿Qué conquistador cometió tal crueldad contra vosotros?»

Y hubo un murmullo entre ellos. Y uno de los más ancianos, adelantándose, me respondió: «Esto lo hicimos nosotros mismos. Dios nos hizo conquistadores del mal que había en nosotros».

Y me condujo a un elevado altar, y todo el pueblo nos siguió. Y mostrándome encima del altar una inscripción grabada, yo leí: «Si el ojo derecho te escandalizare, sácalo y apártalo de ti; porque es más provechoso para ti que perezca uno de tus miembros antes que tu cuerpo entero sea arrojado a las llamas. Y si tu mano derecha te tala y ti, porque preferible es que perezca uno de tus miembros antes de que tu cuerpo entero sea arrojado a las llamas».

Entonces comprendí. Y dirigiéndome al pueblo allí reunido, exclamé: «¿No hay entre vosotros un hombre o mujer que tenga sus dos ojos y sus dos manos?»

Y respondiéronme diciendo: «No, ninguno. Ninguno, si no es los jóvenes que aún no saben leer las Escrituras y comprender sus mandamientos.»

Y cuando salí del templo, dejé la ciudad santa, porque no era demasiado joven y yo podía leer las Escrituras.

Dijo la brizna de césped

Dijo la brizna de césped a la hoja de otoño: «Hacéis tanto ruido cuando caéis y espantáis todos mis ensueños de invierno.»

Dijo la hoja indignada: «Nacida en lo bajo y habitante de lo bajo, displicente cosilla: sin voz. Tú no vives en el aire de la altura e ignoras lo que es la nota del canto.»

Luego la hoja de otoño se tendió en tierra y se durmió. Y cuando volvió la primavera despertóse de nuevo... y era una brizna de césped.

Y cuando el otoño regresó y fué sorprendiéndola el sueño invernal y por encima de ella llenábase el aire de hojas otoñales que caían, ella murmuraba para sí misma: «¡Oh las hojas de otoño! ¡Cuánto ruido hacen! Espantan mis ensueños de invierno.»

El ojo

Dijo el ojo un día: «Más allá de esos valles diviso una montaña velada por la niebla.

¡Cuán bella está!»

Escuchaba el oído y después de unos momentos de hacerlo intensamente, dijo:

«Pero, ¿en dónde está esa montaña? Yo no la oigo.»

Luego dijo la mano: «En vano he tratado de sentirla o de tocarla; no encuentro la montaña.»

Y dijo la nariz: No hay tal montaña. No puedo olerla».

El ojo entonces se volvió a otra parte y todos comenzaron a conversar acerca de la extraña ilusión del ojo. Y decían: «Algo ha debido sucederle al ojo.»

Texto de **Kahlil Gibran**.

Trad. de **R. Brenes Mesén**.

17. Esfuerzos malogrados. J. García Monge

Cuando pienso en los campesinos de Costa Rica que de niños lograron aprender a leer en las escuelas públicas, quisiera ponerles el ejemplo de aquel pastor de que nos habla Carducci en uno de sus discursos:

Con las ovejas, bajó un pastor de la montaña a la llanura en el pasado invierno y aprovechó las horas de reposo en la escuela nocturna del pueblecito de... Tanto se aprovechó el pastor, que le adjudicaron un premio: pero como al venir la primavera se volvió a la montaña sin dejar señas de la morada, no fué posible entregárselo. Pero es grato suponer ahora que en las sombras estivales del monte, o en los repastos invernales del llano, los ocios del pastor ya no serán tristes y brutales, como acaso antes lo fueran, si los reconforta la compañía de un libro en que él se proponga leer cosas buenas.

Aprenden a leer nuestros campesinos, con mucho costo a veces, pero así que se alejan de las aulas no gustan de la letra impresa y. hasta la olvidan. De niños, dieron al estudio algunos años. De hombres, prefieren dárselos a la pulpería, al billar o a las malas costumbres sociales. Con lo cual, los empeños del Gobierno por educarlos se llegan a ser nulos.

Y es lástima que así sucedan las cosas, porque con el libro se pone en manos del aprendiz un incomparable instrumento de cultura. Con los libros, renueva el hombre sus ideas o ideales, y con ello crece, a tiempo que también crecerá la patria.

Descuidan o desdeñan nuestros campesinos el libro, porque salen de las escuelas sin amarlo, como se ama a un buen amigo y consejero, y sin el hábito de consultarlo con éxito.

Creo que el mal apuntado en gran parte se remediaría si se realizara alguna vez lo que hace tiempo concibo: la escuela rural obligatoria y gratuita hasta los diez y ocho años; en forma de escuela vespertina los cuatro últimos, con dos lecciones diarias: una de lectura explicada y comentada, en libros de extensa y variada ideología; de quehaceres útiles y artísticos, la otra. Y como un faro en la noche aldeana, la Biblioteca Popular escogida y circulante. Todo ello, se entiende, a cargo de maestros rurales capaces y preocupados.

EL SALVADOR

18. La historia del carbuncho. Alberto Masferrer. Niñerías

Oíd, esta es la historia del carbuncho, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico.

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches cuando el agua cae incesante, los niños forman corro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal de la tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene, de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la tía Romana! Conoce *La Eslanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapa...* el mundo entero. ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado *El Pájaro del dulce canto, El caballo de siete colores, La Bella y la Fiera, correrías de Partideño y de Pedro Cosme*; mil cuentos y leyendas que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

Oíd, esta es la historia del carbuncho:

«El carbuncho vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

»No hay minas de carbunchos, ni alumbran nunca por el día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbunchos muertos. Porque el carbuncho vivo. ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbunchos.

»A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbuncho, entra en las casas y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante como una brasa con alas.

»Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbuncho?

»Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbuncho. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina— sino en el cuarto de dormir: Llega otra vez, y bebe agua. A

la tercera se deja la batea en sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

»Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

»Cambia de color a cada instante: ya es una roja granada, ya un gran ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amastita, un rubí, un topacio... El carbuncho da todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma.

»Es de tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella.

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando en el carbuncho, en el ave de fuego, en el lacero alado que salta como un gran rubí elástico?...

19. El escorpión y la tortuga. Juan Ramón Urriarte

(Fábula persa) A la orilla

de un río llegó, jadeante y medroso, un escorpión. La cola en arco, dispuesto a clavar su dardo ponzoñoso, el animal buscaba refugio ya que no podía proseguir su marcha.

Una tortuga salía del agua en esos momentos, y al ver tan inquieto al escorpión, le preguntó qué le pasaba. Contestóle el alacrán su pena, y la tortuga, condolida, le ofreció pasar al otro lado del río para que siguiese tranquilo y seguro su jornada.

En la mitad de la corriente, la tortuga oyó un ruido extraño sobre su caparazón.

Temiendo que algo le sucediese a su compañera, preguntó:

—¿De qué procede, amigo, ese ruido?

—Lo que estás oyendo, contestó el escorpión, es el golpe de mi chuzo que pretendo hundir en tu lomo. Sé muy bien que no lo conseguiré nunca; pero no puedo, amiga, resistir a mi instinto.

Viendo el cuadrúpedo tanta maldad, replicó:

—Lo mejor que yo puedo hacer, es librar al malvado de su propia perversidad, y poner a los buenos al abrigo de sus ataques.

Y diciendo esto, se zambulló en el agua, y el perverso alacrán se ahogó al arrastrarlo la corriente.

20. Procesión del Santísimo. En San Salvador. 9 de marzo de 1919.

Alberto Masferrer

La religión es el reino de los que padecen.

En la fila anchurosa, interminable, que sale y sale del templo, lenta y perenne, como un hormiguero que cambia de morada, casi no se ven más que caras sufrientes y adoloridas.

Adelante, los chicos de una escuela vecina, seguidos de una columna de monaguillos y de tal cual moza que husmea un novio o un cortejo, dan una nota alegre y vigorosa, como para hacer menos dura la entrada en el reino de la tristeza.

Vienen luego dos filas de ancianas; mujeres fuertes y graves, con semblantes hombrunos, endurecidas a fuerza de trabajo y de lucha; ancianas heroicas que debieran reposar ha tiempo en el sepulcro, uncidas al vivir por amor de algún nietecito sin madre, de alguna hija casada infaustamente, de un hijo desamparado e

inepto Rezan con tono aspero y semblante amenazador, como si retaran a la desgracia; como si en vez de pedir socorro a los dioses benéficos, desafiaran al príncipe de las tinieblas.

Vienen después los sacerdotes de San Ignacio, con sus blancas estolas, inclinando hacia el suelo sus caras finas, sus ojos velados, sus frentes pensativas y pálidas. Sus austeros semblantes contrastan, a trechos, con la lozanía rubicunda de algún cura mundano, mocetón bien comido, con la barba canutosa acusándole de pereza.

Luego la orquesta, lloriqueante, envolviendo al Santísimo en una nube de suspiros, sollozos y lamentaciones, que se confunden en el aire con la monotonía de los rezos y el reteñir de las campanas melancólicas.

De trecho en trecho resalta el sonsonete de los enseñantes, de tono chillón unos, penetrante, incisivo; otros con el acento opaco, lacrimoso nasal. Uno de éstos, calvo, amarillo, anémico, fofo, repite, incansable, el Padre Nuestro, con modulaciones intencionales que revelan no sé que penas hondas, oscuras, que no hallan modo de traducirse en palabras «Santificado sea *el* tu nombre. ¡Vénganos *el* tu reino!...»

Y le imprime a éstos *él* un acento, una melancolía y un énfasis que sobrecogen al oyente.

Mas allá, otro, sucio, cara terrosa, harapiento, con los pies bailoteándose en unas alpargatas destalonadas, enseña la salutación a María, alargando mucho las sílabas finales: Santa Mariiía, madre de Diooós... Y casi llora uno de oírle, porque en el tono lamentable y las vocales temblorosas y enfáticas, se adivinan gritos de socorro y una desesperada confesión de impotencia, que dice: «ya no puedo más... ya no... Señor, ya no quisiera andar tan sucio... y tan roto... con estas alpargatas... ruega, Señora, por nosotros...»

Pasan el oro y la seda del palio, bajo del cual reluce la custodia, regando titilaciones y destellos. Pasa, y se reanuda luego, compacta, ancha, uniforme, la marea de semblantes adoloridos: mujeres envejecidas y afeadas; muchachas que perdieron la gracia y la alegría; solteras a quienes nadie amó, aunque fueron graciosas y buenas, y que todavía sabrían amar, pobres abandonadas, que todavía sabrían perdonar a los maridos infieles e ingratos; campesinas rotas, con su renegrida musculatura de bestia fatigada; lavanderas reumáticas, y costureras ya bien entradas en la tisis; canasteras con bocios agobiadores; aplanchadoras con ojos irritados, y los brazos llenos de requemones... Y otras más, y otras más, oscuras, indefinidas; náufragas de la vida, que la muerte ha olvidado llevarse... gentes sin mañana, tormentoso el ahora, estéril el ayer... Todo el diapasón del sufrimiento que se encona en la siempre esclava, en la siempre víctima del hombre...

La tarde luminosa, ardiente, sofocante. Un vaho de sudor y de respiraciones viciadas se mezcla con el incienso y con el polvo fino que vaga en el ambiente; y sobre esta nube de acres emanaciones, flotan suspiros indecisos, sollozos comprimidos, lamentos sofocantes... Vénganos el tu reino. Esos tus ojos, misericordiosos... Santo, Santo, Santo!... Ahora y en la hora de nuestra muerte...

Pasan las últimas suplicaciones. Las últimas siluetas dolientes se esfuman en la lejanía de la calle. El templo ha quedado solitario y como pensativo, con sus grandes puertas desplegadas, sobre las cuales todavía rebotan los ecos tumultuosos de la procesión, y donde los últimos fulgores del rojo sol de marzo, imprimen los reflejos de un ascua que se va ya extinguiendo...

21. Nevando. (En Nueva York, enero de 1920). Alberto Masferrer

Comienza a deshojarse allá arriba una inmensa flor blanquecina, de hojillas leves, que vuelan y revuelan, como si fueran copitos de ceniza, o el plumón deshecho de una garza.

Van cayendo, cayendo levemente, alzándose a veces como si de nuevo quisieran esconderse entre las nubes lívidas; o se entretienen jugando entre las jambas de las ventanas, hasta detenerse sobre los umbrales,

como abejas cansadas de zumbar y rondar. Una ráfaga sopla, y se lleva el enjambre, haciéndole girar en torbellino o estrellándolo contra los muros.

Van y vienen, descienden, se ciernen indecisos, se levantan de nuevo, y otra vez caen, caen, lentamente, posándose sobre las cornisas de los portones, en el barandal de los fire-escape, ⁽¹⁾ sobre las cuerdas de tender ropa, y, en fin, sobre las anchas losas de los patios y de las calles.

Caen, caen, espesándose por momentos, cada vez más densos, más densos, hasta que la lluvia de pétalos se transforma en un solo cendal que ondula vagarosamente, desarrollando sus mil y mil repliegues de gasa tenue y blanca.

Y bajo la lluvia silenciosa, frígida, voltejeante, desmenuzada y perenne, las cosas todas van revistiéndose de una clámide blanca... y los techos, las cuer-das, los árboles, las grietas de los muros, los postes renegridos, los suelos inaculosos, y hasta los harapos qué yacen apuñascados en el descansillo de las escaleras, se limpian, se purifican y se abrillantan bajo los copos níveos, relucientes y tersos.

*

Así comenzó, bellamente, como una purificación y un deslumbramiento, esto que ahora se llama la tempestad de nieve... y es una desolación y una opacidad de muerte y de tristeza.

La nieve siguió cayendo todo el día, sin tregua, y fue cubriendo las losas: del pavimento, las depresiones del enlosado, los techos apizarrados de las iglesias, los umbrales

de las ventanas y los umbrales de las puertas, el agua durmiente del río, la cubierta de las embarcaciones, las rejillas de los sótanos, las cuerdas que se entrecruzan en los patios, tensas de ropas húmedas; los toldos de los teatros y las azoteas de las casas, los sombreros y los abrigos de los transeuntes, las capotas de los autos y de los camiones... todo, todo... transformando la diversidad y la multiplicidad en una sola cosa única, uniforme e informe, en una blancura sin contornos, sin principio y sin término, sin arrugas y sin matices, callada, solitaria, inmensa y sempiterna... como si toda la oquedad de los mares y el abismo de la atmósfera se hubieran ido vaciando callados y pausados sobre la Tierra atribulada, cubriéndola con una ceniza fúnebre, sudario del silencio y de la muerte...

Al amanecer del otro día, la Nieve habló. A su mutismo de la noche y del día anterior, sucedió un leve rechinar en las vidrieras, golpeteos amortiguados en las ventanas, y un zumbido incierto y lejano que venía del mar...

Que venía tan lentamente, y con pasos tan sigilosos, como si fuera un caminante fatigado que apenas avanzara en su andar.

La nieve se deslizaba sobre los vidrios con un rumoreo imperceptible, como el de una colmena en las horas dormidas de la siesta.

Apenas se oía.

Luego aquel siseo fue acentuándose, haciéndose chasquido, crujido de virutas, restallido de chispas... y por fin un neto cric-crac, cric-crac, cric-crac, cric-crac Era la escarcha.

Las hojillas de rosa té, las alas desmenuzadas de mariposas blancas, los copitos de algodón escapándose de las corolas, la ceniza tenue que va y viene, vuela y revuela, aletea y revolotea... y toda aquella levedad blanca y suave, se ha transformado en cristalillos esféricos, duros, menuditos, de blancor mate y lácteo, que

¹ Fire-escape.—Escaleras de salvamento contra los incendios.

caen rudamente, en violentas líneas oblicuas, en zig-zags arbitrarios, acribillando los muros y las ventanas bajo una espesa lluvia de proyectiles imperceptibles... cric-crac, cric-crac, cric-crac.,,

Van pasando las horas, una a una, hasta el momento de salir el sol, y en vez de su luz vivificante, sembradora de anhelos y esperanzas, se inicia apenas un semifulgur lívido, pugnando por brillar a través de la bruma congelada y espesa...

Fue, no más, un instante, un aletear efímero en el seno profundo de la nieve silente. Un relucir furtivo de algo que habría sido luz... un destello... y luego, la lividez siniestra de la bruma, tendiéndose sobre la tierra sollozante.

La lluvia de arenitas crepitantes salta, chirría, estalla fugazmente para fundirse luego, desvaneciéndose en las anchas costras de hielo. El rumor lacerante de la escarcha llena todo el ambiente aquí en el suelo; mientras allá en lo alto, ronca profundo el viento que se va tornando tempestad.

Cric-crac, cric-crac, dice la escarcha, golpeando la ventana... Y allá arriba, hom hom, hom, rezonga el viento amenazante... y aquí dentro, en el cuartito estrecho que nos guarece de la nieve y del frío, el dulce, el confortante rhz, rhz de los irradiadores, con sus tibios alientos ternuras maternas, con sus arrullos parecen un cántico entonado a los dioses del trabajo y la paz.

¡Oh canción inefable del agua que hierve y se aerifica en los caños protectores! ¡Cómo vuelven la vida y la temperanza del ánimo, cuando al venir el día se insinúan tus primeras notas, como los primeros gorjeos del mirlo en primavera!

¡Oh divino rumor que eres, a un tiempo, canción de las ondas en la playa, cuchichear de las hojas en el bosque silente, charlotear de los pájaros al advenimiento de la aurora...

rhz, rhz, rhz...

¡Hogar!..,

Mientras afuera luchan y se debaten todas las inclemencias; mientras el viento, la lluvia, el granizo, la nevisca dilacerante, la ráfaga que ciega, la humedad que corroe, la escarcha que paraliza y petrifica, el huracán que asorda y acobardas el cierzo que estremeces la niebla que nos confunde y desconcierta, las agujas heladas del vendaba! que nos traspasan y dan vértigos; mientras las siete fauces de la Hidra polar ahullan y multiplican sus pavorosas embestidas, aquí dentro hay la paz, la luz, la firmeza, la esperanza que se yergue triunfante, la fe que impulsa a un triste enfermo, salvado apenas de la muerte, a emplear sus largas horas de convalesciente en el trabajo que hace 12 vida santa y grata.

Un simple vidrio protector; que rechaza todas las furias, y deja penetrar solamente la luz, fulgente don del Sol, y el himno del radiador, su *leimotif* divino, emergido del alma de la llama, me sostienen triunfante, prepotente contra la muerte, contra el dragón que está ahí, a otro lado, azotando los muros con su cola de escarcha y de granizo.

Cric-crac, cric-crac, cric-crac... mis ojos se vuelven ansiosos y sobresaltados a la ventana, que se estremece y cruje.

Rhz, rhz, rhz, rhz, preludia el radiador... y tranquilo, reconfortado, recojo mi lápiz y vuelvo a mi trabajo, arrullado por la canción divina.

GUATEMALA

22. La Tzehua. Máximo Soto Hall

Caminaba del pueblo de Desamparados, en la República de Costa Rica, a mi pequeña estancia que estaba apenas dos kilómetros del lugar. Me acompañaba un hombre del campo, alma ingenua y sana que había logrado conservar, con toda su pureza, su nativa sencillez. Yo que amo esas almas, vírgenes de artificio, y me complazco en penetrar en ellas, escuchaba atento su conversación, y solo de cuando en cuando le interrumpía para hacerle una pregunta que era algo como un buceo. Ni un aletear de viento movía los árboles, nadie transitaba por el camino, reinaba un silencio majestuoso en la plenitud de una noche soberbiamente constelada. Apenas si venía a turbar esa calma solemne, como un crujir de raso, el murmullo apagado de un riachuelo linfático que discurría, lamiendo piedras, en el fondo de un próximo barranco.

De pronto oímos el golpe acompasado de un caballo que trota bien, opacado el golpear de sus cascos por el piso de tierra.

—Alguien viene—dije a mi compañero.

Puso alerta el experto oído de hombre de campo y con la seguridad del que está convencido de lo que afirma, contestó:

—No viene por este camino; va por el otro de más arriba.

No había acabado de pronunciar esta frase, cuando se apagó el ruido de las pisadas, como si el jinete se hubiera detenido de pronto. Unos momentos después debió seguir la marcha, pero en lugar del rítmico golpear del trote se dejó oír el repiquetear desatentado de un galope tendido. Con voz ahuecada que parecía envolver un supersticioso respeto, el campesino murmuró:

—Ese caminante se ha encontrado con la *Tzehua*. Pero no tenga miedo, patrón; a nosotros no nos sale: somos dos y para ajuste caminamos a pie.

—¿La *Tzehua*?—prorrumpí con extrañeza—¿Qué animal es ese?

Me pareció que una sonrisa había retozado en los labios de aquel buen hombre, que repuso, como si no se animara a creer en mi ignorancia:

—¡Pero, señor, cómo es posible que usted que lee tanto no sepa lo que es la *Tzehua*!

Es el mismísimo demonio, y Dios lo guarde de encontrarse con ella.

—Te aseguro que no lo sé; explícamelo.

Estábamos ya muy cerca de la estancia y seguía oyéndose el vertiginoso correr del caballo; los perros que nos habían olfateado ladraban, no en son de alarma sino de gusto; la noche era fresca, las estrellas regaban siempre su oro pálido sobre el vasto paisaje, y el riachuelo linfático proseguía en su crujir de raso. El ambiente todo parecía convidar a las consejas y relatos misteriosos. Comenzamos a caminar más despacio, y el rústico, con un sabor de poesía que solo da la credulidad en las imaginaciones en bruto, se expresó así:

—No hay uno solo de los que han visto a la *Tzehua* que se haya quedado como era antes. Hombres fuertes, sanos, colorados, que nunca se afligieron por el trabajo, después que se les apareció, resultaron amarillos, y flacos, y flojos. Algunos también se murieron del puro susto,—y citó a varios de los que habían perdido la vida a causa de la terrible aparición.

—No es fácil verla —prosiguió diciendo—en todas partes. Son ciertos lugares los que le cuadran. Por aquí anda siempre y por eso, fíjese que es raro ver un caminante a caballo solo. Casi siempre van dos juntos.

—¿No es posible que la vean dos?, —le interrumpí.

—Cuando uno va solito, es que se asoma—repuso hilvanando de nuevo su relato, con la satisfacción del que sabe que es escuchado con vivo interés.— En algún sitio lejos de poblado, sobre todo si hay arboleda y el camino es estrecho, es cuando le gusta sorprender a los viajeros. En medio del camino se presenta y con una voz muy dulce y muy débil, como si se estuviera muriendo, dice:

«Señor, estoy muy cansada y tengo que ir a ver a mi madre que está enferma; ¿me quiere llevar al pueblo de...» y dice el nombre del pueblo que está más cerca, porque, como es el mismo enemigo, todo lo sabe.

—¿Entonces, es una persona, o tiene el aspecto de persona?—me atreví a interrumpirle nuevamente.

—Es una joven muy linda. Blanca, con los ojos negros y grandes, el pelo rizado y la boca preciosa. Todos los que la miran así, se encantan de ella y sobre todo les da lástima porque se le ve el cansancio en la cara y se le siente en la voz.

Un céfiro tímido comenzó a jugar a jugar en aquel momento, estremeciéndose las hojas con un temblor suave, como si un ser misterioso e invisible se adelantara, abriéndose paso entre las ramas tupidas. La naturaleza ayudaba al narrador.

—Ni los más cerrados se resisten a su ruego, y todos caen en su lazo. Hay quienes le ofrecen la delantera de la montura y otros que prefieren llevarla a la grupa. Para ella es lo mismo. Cuando comienzan a caminar, si va adelante vuelve la cara, si va atrás hace que el jinete la vuelva. Aquí lo espantoso. Aquella mujer hermosa, ya no es ella. Tiene la cara como la calavera de un caballo; los ojos lanzan fuego, enseña con amenaza los dientes pelados y muy grandes, tiene la boca abierta y arroja un vaho por aliento que huele a podrido. Al mismo tiempo sus brazos como fierro se agarran del jinete. El mismo caballo, que parece que se da cuenta de lo que lleva encima, arranca a correr como loco sin que ninguno lo pueda contener.

—¿Y qué pasa después?

—Los que al hacer montar a la joven hermosa han tenido malas intenciones, esos mueren todos, y se les encuentra tendidos con los ojos abiertos y saltados; los otros, ya se lo dije, para toda su vida quedan sin servir para nada.

Llegábamos al portón de la estancia y los perros ladraban más fuerte. Yo entre tanto me internaba en una profunda meditación. ¿No tiene una enseñanza muy saludable esta fantasía? ¿Quién en el camino de la vida no se ha encontrado a la *Tzehua*? ¿Quién no ha sentido la seducción de la belleza con todos sus hechizos físicos, y nada más? ¿Quién no se ha rendido a la piedad mal entendida? ¿Quién en un momento no tomó el similar por oro? Y...después, la debilidad en el cuerpo o en el alma, la muerte acaso.

¡La *Tzehua*, grande o pequeña, con huellas de arañazo o surco de arado, todos la hemos encontrado en nuestro camino!

23. El quetzal. Máximo Soto Hall

Es el quetzal un pájaro verdaderamente maravilloso. Soberbia es el ave del paraíso con sus alas de ocre y seda, dobladas en graciosa comba, cayendo a ambos lados de su cuerpo flexible como dos surtidores de oro líquido; magnífico el faisán dorado, con su penacho heráldico, su peto que finge las cinceladuras de una coraza principesca, sus alas policromas de mosaico pompeyano, y su actitud severa y grave de mandarín; y primorosos, en su minúscula belleza, los etéreos colibríes, fragmentos de iris, pedrería que vuela. Pero el

quetzal, que participa de algo de cada una de estas aves, es superior a todas ellas. Es, aparte de más atrayente, más original. En el gran modelado de la naturaleza su troquel es único.

Pequeño—su cuerpo propiamente dicho—, no mide un espacio mayor que el que una dama abarca con su mano buscando la octava en el teclado de marfil. Predomina en su regio plumaje el color verde, pero no el verde regular y corriente en la pluma. Es un verde metálico, resplandeciente, con relampaguear de gemas. El pecho, rojo, se diría que sangra como una herida recién abierta. Bajo esta cascada de púrpura, se extiende una mancha que cobijan las alas, de un azul oscuro profundo y cambiante que recuerda, superándolo, al que ostenta en igual región el opulento pavo real. Sobre su cabeza, muy redonda, se alza una coronita que va del pico al cuello como un diminuto abanico desplegado. Pero lo que, sobre todo, es clásico e incomparable en este prodigio de la naturaleza, es su cola, su larga y deslumbrante cola. La forma un manojo de plumas que miden a veces casi un metro, del ancho de una espada, arqueadas con la gallarda curvatura de un alfanje, hechas de hebras finas, movibles, ligeras, como facturadas por manos milagrosas. Hay algo más. Tiene un brillo áureo todo él, como si lo hubieran rociado de polvo de oro, o en sus excursiones, a plena luz, su ropaje se hubiera empapado de átomos de sol.

— — —

El quetzal está penetrado, convencido de su belleza. Siente el orgullo de su majestad. Ama, sobre todo, y casi en forma de un culto, su cauda primorosa. Vela por ella y la cuida con la religiosidad y el empeño con que un cantante se preocupa por su garganta o una hermosa por sus hechizos. Para mantenerla incólume no omite detalles. A fin de que no, se tuerza, ni se despeine, ni se maltrate, construye su nido en forma tal que su arquitectura la proteja. Procede de una manera curiosa. Taladra con paciencia un grueso tronco hasta formar un túnel, por un extremo y sale por el otro sin que las largas y sedosas plumas sufran otra cosa que un ligero rozamiento. Así defiende hábilmente su blasón.

Sus perseguidores, que son muchos, aprovechan, conociéndola, su debilidad. Cuando está en su asilo, tranquilamente reposando, el cazador avieso se acerca sigiloso, burlando el oído fino del ave, y en movimiento rápido le cubre la abertura de salida. Hora de angustia y zozobra. Comprende que el enemigo está cerca, que ha burlado su celo. Grave peligro lo amenaza. ¿Qué hacer? Hay un medio de salvarse. Un movimiento en retroceso, salir por la puerta de entrada. Tiene un instante de vacilación. Pero viene a su mente el recuerdo de la cola magnífica; puede romperse o estropearse en aquella maniobra. Vence la vanidad. Ya no piensa en huir y espera tranquilo, sin oponer resistencia, a que la mano de su astuto codiciador lo aprisione.

Indómito y salvaje, no acepta el cautiverio, quiere mucha luz y mucho espacio. Y no se crea que es una jaula estrecha, la que no acepta. Un lugar amplio y cómodo, siendo prisión, lo rechaza lo mismo. Se han hecho al efecto experiencias curiosas, todas con el mismo resultado negativo. Colocada una pareja en un gran patio, con fuentes de agua fresca para abreviar, frutas de su predilección, lindas flores y hermosos árboles, todo ha sido inútil. Ni hunde su pico en la clara linfa para sorber una gota de agua, ni prueba un ápice de pulpa, ni se refugia en el verde follaje. Con estoicidad nipona, sin cambiar de sitio, espera la muerte que no tarda en llegar acelerada por el hambre, la sed y la inacción, y más que todo, por la angustia desesperada que martiriza a aquel turiferario de la libertad.

— — —

La leyenda y la poesía lo han consagrado. Muchas lirras, y de egregios poetas, han vibrado en su elogio. José Joaquín Palma, el cantor cubano, nos lo pinta delicadamente en dos estrofas de una larga composición que le dedica:

Flor que vuelas, flor agreste, hay en tu
cuello divino, mucho del verde marino,
mucho del azul celeste.

Forman en raro concierto de fantásticas
guirnaldas, tus alas, dos esmeraldas, tu
pecho, un múrice abierto.

La tradición indígena lo recuerda en todo momento, exaltado con la originalidad de las imaginaciones vírgenes. Los quichés le dan un origen mítico. Cuentan que en una fértil pradera de Petén, tierra de vegetación privilegiada, apareció cierto día un enjambre de mariposas verdes y azules que trazaron caprichosas entre los rayos del sol, al acorde de la música de los pájaros cantores. Fatigadas abatieron su vuelo, se posaron en el lugar más pintoresco y florido, y desaparecieron. Allí, en el mismo sitio, surgió un árbol soberbio, no parecido a ningún otro, de un raro y atrayente encanto. Y allá, en lo más alto de su copa opulenta, apareció, para coronar su esplendor, el quetzal, como si fuera hecho de las alas de las mariposas desaparecidas.

Su existencia está estrechamente vinculada con los dioses. Su nombre forma parte de una de las más augustas divinidades aztecas: Quetzalcoatl. «Creados, dice Chavero, el Sol por el fuego, y la Luna por el agua, tenemos al viento personificado por Quetzalcoatl. Ya hemos visto que en la leyenda nahoá, Tonacatecuhtli y Tonacacihualt, el Sol y la Tierra, tuvieron por hijos a Quetzalcoatl y a Tezcatlipoca, Quetzalcoatl es la estrella de la tarde.

Como a los helenos llamó la atención el lucero de la mañana que brotaba del mar que el Oriente teñía, así les llamó a los nahoas, habitantes del Pacífico, el astro vespertino que flotaba en las olas del horizonte. Su luz reflejando el movedizo oleaje, debió hacerlo aparecer como brillante culebra, y al deificarlo le llamaron Quetzalcoatl. Compónese esta voz de *coatl*, culebra, y *quetzal*, pluma del hermoso pájaro quetzal, que también se toma en la acepción de bello. De tal modo que el nombre significa; culebra preciosa, y para presentarlo jeroglíficamente, se pintaba una serpiente con plumas».

En la conquista juega un importante papel en un trance heroico y trágico.

Era el momento en que se libraba la más importante batalla entre los españoles de Pedro de Alvarado y los indios quichés en las llanuras de Olimtepeque. Mandaba las tropas de los nativos Tecum-Uman, un cacique viejo y prestigioso, amado de los suyos, invencible hasta entonces.

Dice el historiador Fuentes y Guzmán que el capitán español dividió su caballería en dos alas, la una al mando del Bayardo de aquellos ejércitos, don Pedro de Portocarrero, y la otra bajo las órdenes del aguerrido Hernando de Chaves. El, con la infantería y los indios traidores, se adueñó del centro, punto el más peligroso y difícil en aquella jornada. Distribución casi análoga, en relación a sus recursos, hizo el rey aborígen. En lo más recio del combate se encontraron frente a frente los jefes de los dos ejércitos. Se trabaron en singular combate. La superioridad de Alvarado por su edad, su fuerza, sus armas y su prestigio, nada podía contra el indio vencido por los años, desnudo, sin más que su lanza con una punta de obsidiana. Un extraño poder lo defendía. Su *nagual*, su protector, según aseguraron más tarde sus soldados. Era un quetzal de forma gigantesca. Y hasta que el acero del conquistador no atravesó el pecho del ave, no logró dar muerte a su valiente y denodado contrincante.

Para los príncipes mayas y quichés y para los emperadores aztecas, era el quetzal la prenda más querida, su adorno predilecto. Cuando Moctezuma se presentó a Cortés, ante sus ricas joyas, se despertó la codicia de los castellanos; pero aquella gente, sin más culto que el oro, no pudo resistir al deslumbramiento que le

produjo el penacho que se erguía sobre la monárquica cabeza, deslumbrante como una llamarada verde de caprichosos juegos de artificio.

Plumas de quetzal ceñían las frentes de las vestales, se entrelazaban con el ébano de las trenzas de las princesas, lucían sobre las túnicas de los sacerdotes, remataban el extremo de los estandartes, constituían el galardón de los vencedores, el mejor presente de los enamorados; eran, a un tiempo mismo reliquia y alhaja.

Cuando Huemec, el rey bravo, siente vacilante su trono, no piensa en su vida. A la inversa de Ricardo III, que ante la amenaza de Tudor exclama; *A horse a horse, my kingdom for a horse*, cobarde y servilmente, el magnate indio, en un arranque altivo dice dirigiéndose a su Dios, mientras sigue defendiendo sus derechos: «¡O, divino Tlaloc; consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!»

24. El poeta perdido en el campo. Rafael Arévalo Martínez

...Una vez un poeta se perdió en el campo. De pronto un lirio y cayó a sus pies en adoración extática. (El éxtasis del poeta es un décimo del éxtasis del Santo: rigurosamente medido).

Porque aquel lirio era uno de aquellos mismos lirios que hicieran decir al dulcísimo poeta de Galilea y Nazaret: «Los lirios no hilan ni tejen y sin embargo, ni Salomón en toda su magnificencia se vio jamás vestido como uno de ellos».

¿Qué vio en aquel lirio el poeta? Como es algo inefable yo ahora no lo puedo repetir. Necesitaría también caer en éxtasis. Baste decir que vio la mano de Dios mismo y necesitó tocar con la frente reverencia el polvo de la tierra, humilde y extasiado. Adoraba a la gran alma que hizo exclamar a San Agustín: «¡Oh, hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te conocí!»

Cuando volvió de su arrobo se encontró rodeado de palurdos asombrados.

—¿Qué hacías ahí?, le preguntó el palurdo más viejo.

Y entonces el poeta les contó las excelencias del lirio de los campos. Como eran gentes sencillas sus oyentes, sin gran esfuerzo su palabra reveladora pudo construir un par de gafas doradas para que todos ellos contemplasen la hermosura del lirio de los campos. El purísimo ambiente diáfano de la campiña bañada de sol en aquella hora matinal, se volvió él mismo una enorme lente dorada a través de la cual se asomaban a mirar la tierra los serafines encendidos de amor. Los palurdos miraban el lirio y los querubines miraban al poeta. Y palurdos y querubines sonreían con efusión.

—¡Qué bella flor!, decían a coro los palurdos. Y empezaron a reñir, disputándose la.

Y como toda disputa ofende a Dios, aquélla rompió el encanto y el diablo, que acechaba celoso, pero que hasta que hasta entonces no había podido romper el círculo de la gracia divina creado por la oración del poeta, logró penetrar al corro.

Lo primero que hizo aquella mala bestia fue quitar los anteojos dorados al poeta, como se los quitaba tantas veces y lo dejó ciego (el poeta era miope rematado y casi no podía ver sin el auxilio de sus lentes). Después, guio los pasos del boticario del pueblo cercano que andaba por allí contratando unas cuantas yerbas medicinales, hasta hacerlo llegar al encantado grupo.

—¿Qué hacéis allí, bobos? preguntó el boticario. Preferible era que me dijérais si tenéis de venta melisa, ruda y manzanilla.

Los palurdos le dijeron que habían encontrado una joya maravillosa y se disputaban su posesión. Y le señalaron el lirio.

—¡Qué partida de simples! dijo el boticario. Verdad es que un loco hace ciento. Esto es obra del amigo de las greñas, que anda por aquí. Pero fijaos, bobos. Allí cerca hay todo un campo lleno de lirios. Cada uno de vosotros puede llevarse ciento sin necesidad de reñir.

Y los palurdos vieron que, efectivamente, aquella flor abundaba por aquellos contornos.

Y se llamaron a engaño y apostrofaron al poeta, que como ya no tenía lentes no les pudo responder y se limitó a implorar humildemente de uno de ellos que le sirviera de lazarillo hasta la próxima población.

—Es cierto, les decía: el boticario tiene razón. Yo soy un pobre demente. Pero, ¡sed compasivos! y llevadme hasta la próxima población.

—Y cómo pudo venir aquí a engañarnos el muy bellaco y farsante y no puede regresar, decía el palurdo más viejo. Al fin cedieron a sus súplicas y lo condujeron a donde quería ir.

— — —

...La visión del poeta fue una visión de verdad. El que haya miles de lirios solo quiere decir que hay miles de obras divinas prodigiosamente bellas y magnificentes. Innumerables son las estrellas de los cielos y las flores de los campos y las arenas del mar. Cada obra del Señor es una maravilla de gracia y de belleza. La deficiencia no está en sus obras sino en los ojos que las contemplan, que a su vez son obra suya, perfecta en su relatividad.

El Señor a ti, a quien ama, a veces presta sus anteojos luminosos y entonces *te acercas a la Verdad*. Pero oye bien esto Que te voy a decir: No te quejes de los palurdos. Ellos también tienen razón cuando te afirman que los lirios son incontables. Si también pudieran ver por tus anteojos dorados ya no querrían sembrar más, sino que se dedicarían a cantar a Dios como tú. Y es necesario que siembren para ti, mientras tú oras por ellos.

25. La oropéndola. Ulises Rojas, 1929

Para obsequiar al ministerio de agricultura, acaba de traer el culto doctor Luis Lazo Arriaga una bella fotografía de nuestro árbol Hormigo, tomada en la finca El Capucal, jurisdicción de Gualán, propiedad de la familia Kaufmann; en ella se ven más de 150 nidos de oropéndola (*oriolus oriolus*) de la que el Duque de Medinaceli hace esta comparación: — «Un canario con forma y tamaño de mirlo y alas negras, la hembra es verde y amarillenta.» Refiere el doctor Lazo que estas aves migratorias cada año vuelven, y se posan en el mismo árbol donde encuentran los nidos que han dejado abandonados al emprender su viaje; su arribo se advierte por los ruidos que producen en su oficio y porque constantemente se ven caer fragmentos del material con que elaboraron el año anterior. La tarea al regreso consiste, desde su llegada, en deshacer los nidos antiguos; no descansan hasta que los han bajado y quedan las ramas limpias de colgaduras para emprender la nueva construcción, observándose que fabrican un tejido parecido al de una hamaca; los machos vigilan la obra realizada por las hembras cuidando de que sea esmerada y perfecta; de cuando en cuando revisan lo hecho, y curioso detalle es que si hallan alguna imperfección, castigan severamente a la obrera, destruyendo hasta donde está lo mal construido, propinándole fuertes picotazos en seguida; y si notan que se hizo uso de material que ha servido ya, su coraje es tan fuerte que obligan a la iniciación de una trama nueva. Usan fuertes fibras, pero blandas y los nidos se presentan colgantes con la parte más estrecha junto al punto de amarre en la rama que los soporta, ensanchándose hasta el fondo que es piriforme. Mientras laboriosas y ligeras trabajan con afán las oropéndolas, los machos buscan insectos que atrapan, frutos pequeños o fragmentos de alguno carnoso, los cuales depositan sobre las hojas para comer asociados a ellas al salir del trabajo. Estas lindas avecillas que se parecen también a los estorninos, son insectívoras o frugívoras, según la estación o lugar donde se encuentran. El insigne botánico norteamericano, profesor Roberto Ridway, por cuya muerte recién ocurrida estamos de duelo los

aficionados a las ciencias naturales, porque este sabio dedicó su vida al estudio y al bien, dejó escritos diez libros; no conoció el egoísmo en ninguna de sus formas y esplendidez fue muy grande para los que tuvimos la suerte de aprovechar sus ilustradas enseñanzas; pues generoso nos daba a conocer los frecuentes descubrimientos llevados a cabo su casa, ese rincón del paraíso que encierra bellezas no soñadas, donde se cultivan innumerables plantas científicamente clasificadas que ofrecen frutos deliciosos, verdor de lozanía y sombra de fragancia, dando un seductor aspecto al Asilo de los pájaros, institución fundada por el ilustre desaparecido, quien en una de sus cartas me dice: — «De las aves he aprendido mucho, no sólo me deleitan los pájaros sino que todas ellas; ese alcaraván de que me habla tan cariñoso en su última carta, que llega a comer a su mano y que con el pico sacude las basuritas de su pantalón, que le sigue como un perro y que paga con su canto, análogo a una sonora e interminable carcajada, los cuidados de usted; esas golondrinas que en zigs-zags cruzan el cielo y se alojan cada año en los muros ruinosos del templo vecino a su casa, las que vienen a la mía y buscan a sus camaradas en el camino, aquí como allá trabajan, alegran y deleitan nuestra vida... Sugiera en el alma de sus alumnos, en la de su pueblo, el espíritu de observación y con esto cambiará el mal carácter en bondadoso y atrayente, el aburrido se convertirá en alegre; quien ama la naturaleza no se suicida; las aves enseñan mucho: un joven desafecto e indolente encontrará al estudiarlas un ejemplo edificante; una niña perezosa verá a la trabajadora infatigable y se avergonzará de su apatía; una persona de mal fondo concluirá por dulcificar su carácter y amar a sus semejantes; un avaro o egoísta aprenderá a compartir sus riquezas, vivirá con generosidad, y como las aves migratorias, sin el apego al pedazo de terreno que reduce su horizonte.»

HONDURAS

26. Los hermanitos de San Francisco de Asís. Rafael Heliodoro Valle

A.—El santo de los ratones y los libros

Martín de Porres daba de comer a los ratones para que no se comieran los libros. Esto pasaba en Lima en 1639, según la prócer estampa que es el único mérito de este comentario.

En la sacristía, pavimentada de madera que fue desde Panamá en el barco perulero de cabotaje, retozaban los roedores consentidos, estirando las colas para dar gracias a Dios.

—Hermano Martín, ya está el chocolate...

Y el hermano Martín daba a toda prisa de comer a sus hermanos mínimos. Y mientras se gozaba viéndolos hacer piruetas en la canastilla donde hubo fruta, queso y miel, sostenía en el brazo a un ratón inválido, el más viejo de la numerosa familia.

—Venga para acá el picaruelo. ¿Verdad que hay páginas de libros que saben a queso?

Y el ratoncillo abría los ojos de topacio en llama y le temblaban de risa los bigotes. Sobre el anaquel del fondo y encima del ropero donde estaba ventilándose la casulla de oros marchitos, andaban buscando algo que se les había perdido, los otros enemigos del gato. De donde deducía el santo que si el gato es el Diabolo, los ratones son los ángeles que se quedaron ganándose el pan nuestro (y el suyo) entre las hendeduras de la tierra.

B. Doña Adelaida y las hormigas

Doña Adelaida Robles, a los 95 años, cuida las hormiguitas en el atrio de la Catedral de México.

—No me hacen nada. Ya me conocen, porque hace 30 años que les traigo de comer...

Y Arnulfo Rodríguez, que la sorprendió en tan divina faena, cuenta que les iba echando migajas, y y por su pierna subían y bajaban como criaturas huérfanas.

Las tiene negras, de un negror alucinante; las tiene rubias, como el oro inédito de la tierra. Y doña Adelaida las reconoce a todas y al sacudir el pañuelo en que les lleva su ración matinal, sufre por que está pensando en los perros que no tienen médico, y que no pasean en automóvil, ni alardean en la rúa rumbosa. Y sufre porque los gatos no tendrán zapatos en el próximo invierno.

Nunca me hacen daño mis hormiguitas—exclama.—Y las quiero tanto, que rezo por ellas a San Lazarito, y le digo: «Ten piedad de los pobres animalitos, que no tienen quién les dé de comer».

Doña Adelaida merece un lugar aparte en el cielo franciscano. Yo le haría una estampa en madera y la pondría rodeada de sus hormiguitas de corazón agradecido. Porque el día que ella se muera, ¿quién va a dar de comer a esas criaturas? Aunque es cierto que para todos da Dios.

C. Los gorriones del monasterio

Cristóbal de Mendoza y Mendo antes de ir al refectorio se asomaba a la reja de su celda, y en el aire de la mañana se abrían las florecillas azuladas de su oración. Entonces los gorriones que vivían en la torre del monasterio, volaban hacia las manos del cenobita a comer los frutos de aquella huerta en que los monjes, con delectación íntegra, acentuaban la santidad de las cosechas.

Con sus manos languidecientes, el Padre Cristóbal evocaba las escenas de los antiguos textos. cuando el santo de las rocas era visitado por el cuervo que traía la rama de laurel, y por el chacal que en el hocico ofrendaba la frescura de los dátiles prietos. Acariciando la bandada, moviendo la tierra para transfigurarla con una flora de evangeliario y de oasis, el señor Rector del convento de Tepetzotlán llegó a tener una testa reverenda que pedía la mitra y que reclamaba el palimpsesto para entrar en las *Vidas de los Santos*.

A los 95 años dormía en las esteras ásperas, se daba azotes en el calabozo penitenciario, ponía la frente en las baldosas, bendecía los desposorios de los pájaros ante el altar del firmamento.

Pedía al Señor la mies garzul que es para la boca del malvado y para el mantel de la misa. Pedía la pureza de las alturas para su mentalidad y en su ánfora de arcilla exangüe se compendaba el aroma de primavera de los salmos.

27. San Bartolomé de las Casas. Rafael Heliodoro Valle

Fué en el convento de dominicos de la isla de Santo Domingo en donde el «continuo fiscal de conquistadores» de que habla Remesal, meditó tremendamente en su gran obra, y se puso a escribir su *Historia de Indias*, sacando fuerzas del cansancio (1523).

Después de amansar a un indio bravo el príncipe Don Enrique—para probar que hay indios como las golondrinas—sintió que se le quemaban los pies en la llama de andar. Y fue a Nicaragua y Guatemala y vino a México (1531).

«Tierra la más feliz del mundo», dice de Nicaragua en uno de sus libros; y en ella fundó más tarde el convento de San Pablo, en la ciudad de León. La flora rica, la pajarería maravillosa, el espectáculo de los volcanes, las noches henchidas de luceros, todo aquello no bastó a retenerlo, sino que embarcándose en Trujillo, volvió a Santo Domingo, atravesando la tierra olorosa de Honduras (1533), en donde el pino bebe diariamente cielo puro y no se cansa de embalsamar.

Vuelta a España, viaje al Perú a comunicar al conquistador Almagro que el Rey prohibía la esclavitud de los indios; viaje de nuevo a Nicaragua, donde Rodrigo de Contreras le cobró aversión porque le sublevó la tropa

con que quería explorar el Sur; y por fin, nuevo viaje a Guatemala, en donde se puso a escribir *De Unico Vocationis Modo*.

Había en Guatemala una comarca en donde los pantanos y las lluvias perennes— ¡todavía!—hacían imposible viajar. ¿Pero qué dificultad era esa para él, que haría 18 viajes a España? Tenía que ir a Tezulutlán—Tierra de guerra, como la llamaban—y fue allá en compañía de los padres dominicos Rodrigo de Ladruga, Pedro Angulo y Luis Cáncer, después de que el Gobernador de Guatemala ordenó que durante 5 años ningún español entrara a conquistar en la comarca. Y haciendo versos en quiché, para explicar las bellezas del paraíso cristiano, versos «medidos como a ellos les pareció que hacían mejor sonido al oído», amaestraron cuatro mercaderes de los que entraban a la tierra del señor Rabinal, para que al son de los instrumentos familiares los cantaran allá. Los mercaderes se fueron llevando baratijas y melodías, y por las laderas de los montes iban diciendo aquellos cantos; pero como algunos de los indios sólo entendían la dulzura de los versos pero no el significado, pidieron la explicación y pronto llegaron los padres, que fueron saludados con flores y alegría, a decir misa y a poner a Cristo en los nuevos altares (1537). Hay que imaginárselo entre aquellas montañas: uno de esos personajes de las pinturas ingenuas, enseñando a construir la casa y a tejer la fibra, agrupando a los salvajes en torno de la humilde iglesita de Rabinal.

De nada sirvieron los ataques del Ayuntamiento de Guatemala, de Fray Toribio de Motolinía y del Obispo Marroquín. El Padre Las Casas había triunfado al decretarse las Nuevas Leyes (1543). Quiso Carlos y darle el Obispado más rico de América, en el Perú; pero como lo rehusara, el Rey le ofreció entonces el obispado de Chiapas, que después de muchos ruegos aceptó porque era «un país sin oro, perlas, plata ni comercio». (1544.)

¿Qué hombre es este que en aquellos días de codicia y de rapacidad desprecia un tesoro en el Perú que el Rey le regala, porque es mejor un báculo de madera y una dalmática raída?

—Es un loco de remate—repetían los hombres que no entendían estas cosas.

Con las Nuevas Leyes en el equipaje, llegó Fray Bartomé a Ciudad Real, desde donde lanzó anatemas contra los que en América tuvieron esclavos. Tomó otra vez el cayado, sacudió el polvo de las sandalias, y a pié, acompañado de Fray Vicente Ferrer, fue hasta el Valle de Gracias en Honduras, en donde trabajaba la Audiencia de los Contines (1545), que debía poner en orden las cosas; y delante de aquellos magistrados acusó a los encomenderos de Chiapas.

—Echad de allí ese loco—dijo el Presidente Maldonado, yerno del conquistador de Yucatán, una mañana, entrando a la Audiencia. Bellaco, mal hombre, mal fraile, mal obispo, desvergonzado que merecías ser castigado.

Y el áspero don Alfonso, que se olvidada que presidía la Audiencia por recomendación del santo obispo, oyó está simple respuesta:

—Yo lo merezco todo lo que Vuesa señoría me dice, señor licenciado don Alonso de Mal-donado.

Cuando el Padre Bartolomé salió de Gracias para Ciudad Real, le avisaron que se le esperaba con piedras y con armas en punta, y que hasta los indios estaban contra él.

—Yo he de ir—exclamó—aunque la primera palabra que se me diga sea una puñalada que me parta el corazón.

«Solo, a pie—como dice Remesal—con un báculo en la mano y un breviario en la cinta», entró en la Ciudad Real, en medio de los indios arrepentidos, sin que los soldados se atrevieran contra él, y todos fueron, mansamente, a besarle la mano.

28. Mitología agrícola. Rafael Heliodoro Valle

EL HOMBRE DE TIERRA Y DE ZACATE

Dios tomó en sus manos—según el Génesis maya—una porción de tierra y otra de zacate y de tal mezcla brotó el primer hombre. Dio la tierra materia para la carne y los huesos y del zacate salieron el pelo y el vello que cubren el cuerpo (Cogolludo). Parece que la creación se verificó en un paraje llamado *Humanhil* que don Juan Pío Pérez llama el Paraíso Terrenal.

APARECE EL MAÍZ

Por la ley de los Soles², que tradujo el señor del Paso y Troncoso³, se sabe que una vez que en

Tomanchán⁴ fueron creados los primeros hombres, los dioses se preguntaron qué les darían de comer. Van y vienen la hormiga negra, es decir, Quetzalcoat⁵, y también la hormiga roja. Los dioses de la lluvia amontonan tierra, y Nanáhuatl⁶, que se convierte en

sol, ayuda a que se desmorone el cerro del mantenimiento⁵. Surgen entonces el frijol, la chíya y el maíz de los varios colores. Tan pronto como los indios vieron a las hormigas acarreado el maíz, probaron éste y les gustó, y las lluvias de los cuatro puntos cardinales se encargaron de fecundar las semillas.

LEYENDA DE LAS LLUVIAS

Aparecen aquí Tlaloc (el agua o vino de la tierra) y Chalchiutlicue, la de la falda azul, diosa de los mares. De su amor nació Quiáhuitl, es decir, la lluvia; y provistos de unos cántaros en que acarrearon el agua de los mares, la vaciaron sobre los campos, Cuando uno de los cántaros se les quebraba, entonces se producía el trueno, y de los fragmentos que caían a la tierra nacían los rayos. Xochitlquetzal, la flor preciosa, y Centeotl, la mazorca de

Dios, diosas de la floricultura y de la agricultura, se hallan bajo la protección de los dioses genitores.

² Los nahoas dividían la vida del mundo en cuatro edades o Soles: el del agua, del aire, el fuego y la tierra, cada uno según la piedra del Sol de 1664 años.

³ Don Francisco del Paso y Troncoso, notable americanista, arqueólogo e historiador mexicano.

⁴ Nombre que los olmecas, tribu procedente del S.E. de Norteamérica, dieron a su primer establecimiento en territorio mexicano. Según el profesor Othón de Mendizábal, estuvo al norte del Estado de Veracruz. ⁵ La Serpiente Emplumada, dios del aire, semejante a la estrena de la mañana o Lucifer. Anunció a los mayas y toltecas la venida de los españoles. ⁶ Las llagas o bubas.

⁵ El cerro productor de alimentos.

EL ORIGEN DEL PULQUE

Quien primero agujereó los magueyes para sacar miel de que se hace el vino, fué Maiaoel—dice Sahagún— y Pantecatl, quien primero halló las raíces que en ella se echan. Más tarde cuatro sabios perfeccionaron el arte de hacer pulque, distinguiéndose Ometochtli, a quien también llaman Tepuztecatl —llamado así porque era originario de Topotztlán— y a quien más tarde sus adoradores levantaron un santuario adonde llegaban en romería desde tierras remotas (Plancarte).

LA PRINCESA ESCONDIDA

Del cenote⁶ Xtucumbí Zunan⁷ que existe en Bolonchén⁸, se cuenta la leyenda maravillosa. Así se llamaba la doncella, hija de X'Ulumil- cech¹¹ (Yucatán) y de Zammá (el rocío del cielo). Su hermosura encendió la pasión del gigante Chac, el dios de la Agricultura, los truenos y los relámpagos. No contenta la madre con esas relaciones, hizo que su hija se

ocultara en la gruta de Bolonchén. Desesperado de amor, el gigante hizo tronar el cielo, temblar la tierra y encenderse el espacio; y después de emprender muchas excavaciones logró dar con su amada. Quiere decir todo esto que para encontrar el agua en Yucatán, el hombre tuvo que horadar la tierra a brazo partido.

GUERRA POR UNA FLOR

Se cuenta que los súbditos del rey de Achiutla en una guerra que hubo en Tehuantepec, recogieron la semilla de un árbol que durante algunos meses del año se vestía de flores mínimas y blancas que exhalan un olor suave y mejor que el de la rosa de Alejandría. Al regresar triunfantes a su país natal, ofrecieron la semilla al rey, como trofeo de la victoria, y el rey procuró cultivarla con esmero en uno de sus jardines. El árbol de Izquixóchítl se cubrió de magnificencia en el huerto real. De la mañana a la tarde el cacique mixteca contemplaba su hermosura espléndida. Cuando lo supo Moctezuma, el emperador de la altiplanicie, se disgustó mucho y tuvo deseo de poseer la flor. El año segundo de su imperio envió al sur una comisión para que a cualquier precio se lo trajeran. Tras la respuesta arrogante vino la guerra. Los mixtecas perdieron la campaña y el árbol del trofeo fué reconquistado. Pero Moctezuma no logró al fin su intento porque—dice el Padre Burgoa —el arbolito se secó en el camino. (México, D. F., 1924).

NICARAGUA

29. Los caminos después de las lluvias. Azarías. H. Pallais. Caminos

Desde que era muy niño, saltaba de alegría, cuando la fresca lluvia de los cielos caía. Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía el divino silencio de la melancolía.

⁶ Corrientes de agua subterráneas en Yucatán.

⁷ Gran señora escondida.

⁸ Nombre maya de la localidad en que existen nueve rozos o cenotes. ¹¹ Tierra de pavos y venados.

Los niños con las manos tapaban sus oídos, y oyendo con asombro los profundos sonidos del corazón que suena como si fuera el mar, sentían un deseo supremo de llorar. Y como por la lluvia, todo era interrumpido, se bañaban las cosas en un color de olvido. Y vagaban las mentes en un ocio divino, muy propicio a los cuentos de Simbad el Marino. Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones... con Alí Babá, pasan los cuarenta ladrones.

Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa:

¡Lámpara de Adalino, lámpara milagrosa! Y al caer de la lluvia, la criada más antigua desgranaba sus cuentos en una forma ambigua. otro de los milagros que en la lluvia, yo canto, es, que caer sus linfas se pone un nuevo manto mi ciudad que al lavarse... yo pienso en una de esas austeras e impecables ciudades holandesas: Una ciudad lavada, sin polvo, nuevecita, donde reza el aseo su plegaria bendita. Como, *pulvére procul* se lee en los pergaminos de un noble de otros tiempos, por todos los caminos, cuando pasan las lluvias, se alegra y se extasía, lejos, lejos del polvo, la profunda alegría: La de andar sin pecado, por silencios de amor, como un dulce ojo de agua de inocente rumor. Si se libra el camino del polvo—su pecado— se vuelve como el santo de Asís, enamorado de todas las criaturas, de todas las criaturas, y a todas les ofrece sus blancas aventuras. Son todos los caminos como flor de aventura para el dulce Quijote de la Triste Figura.

30. Las pérdidas de Juan Bueno. Rubén Darío

Este era un hombre que se llamaba Juan Bueno. Se llamaba así porque desde chico, cuando le pegaban un coscorrón por un lado, presentaba la cabeza por otro. Sus compañeros le despojaban de sus dulces y bizcochos, le dejaban casi en cueros, y cuando llegaba a la casa, sus padres, uno por aquí, otro por allá, a pellizco y mojicón, le ponían hecho un San Lázaro. Así fue creciendo, hasta que llegó a ser todo un hombre. ¡Cuánto sufrió el pobrecito Juan! Le dieron las viruelas y no murió, pero quedó con la cara como si hubiesen picoteado en ella una docena de gallinas. Estuvo preso por culpa de otro Juan, que era un Juan Lanás. Y todo lo sufría con paciencia, a punto de que todo el mundo, cuando decían: «Allá va Juan Bueno!», soltaba la risa. Así las cosas, llegó un día en que se casó.

* * *

Una mañana, vestido con manto nuevo, sonriente, de buen humor, con su gloria de luz en la cabeza, sus sandalias flamantes y su largo faldón florido, salió el señor San José de paseo por el pueblo en que vivía y

padecía Juan Bueno. Se acercaba la noche de Navidad e iba él pensando en su niño Jesús y en los preparativos del nacimiento, bendiciendo a los buenos creyentes y tarareando de cuando en cuando, uno que otro aire de villancico. Al pasar por una calle oyó unos lamentos que partían el alma, y el excelente santo, llevado por su generoso corazón, se dirigió a la casa de donde salían aquellos lamentos y encontró, ¡Oh cuadro lastimoso! a la mujer de Juan Bueno, pim, pam, pum, magullando a su infeliz consorte. «Alto ahí», gritó el padre putativo del Divino Salvador. «¡Delante de mí no hay escándalos!» Así fue. Calmóse la feroz gorgona, se hicieron las paces, y como Juan refiriese sus cuitas, el santo se condolió, le dio unas palmaditas en la espalda, y despidiéndose le dijo:

«No tengas cuidado.» Ya cesarán tus penas. Yo te ayudaré en lo que pueda. Ya sabes, para lo que se ofrezca: en la parroquia, en el altar a la derecha. Abur».

* * *

Contentísimo quedó el buen Juan. Y no hay palabra para qué decir si iría donde su paño de lágrimas, día a día y casi hora a hora. «¡Señor, que esto! ¡Señor, que lo otro! ¡Señor, que lo de más allá!» Pedía todo y todo le era concedido. Lo que sí le daba vergüencita contarle al santo era que su tirana no perdía la costumbre de aporrearle. Y cuando San José le preguntaba: «¿Qué es ese chichón que tienes en la cabeza?», él reía y cambiaba de conversación. Pero San José bien sabía... y le alababa la paciencia.

Un día llegó con la cara muy afligida. «Se me ha perdido, gimoteó, una taleguilla de plata que tenía guardada. Quiero que me la encontréis». «Aunque esas son cosas que corresponden a Antonio, haremos lo que se pueda». Y así fue. Cuando Juan volvió a su casa, halló la taleguilla.

Otro día llegó con un carrillo hinchado y un ojo a medio salir: «¡Que la vaca que me diste se me ha desaparecido!» Y el bondadoso anciano: «Anda, que ya la encontrarás».

Y otra vez: «Que el mulo que me ofrecisteis se fue de mi huertecito!» Y el Santo: «Vaya, vaya, vete que él volverá.» Y por tal tenor.

Hasta que una ocasión el Santo no se encontraba con muy buen humor, y se apareció Juan Bueno con la cara hecha un tomate y la cabeza como una anona. Desde que le vio: hum, hum, hizo el Santo. «Señor, vengo a suplicaros un nuevo servicio. Se me ha ido mi mujer, y como vos sois tan bueno...»

San José alzó el bastón florido y dándole a Juan en medio de las dos orejas, le dijo con voz airada:

—¡Anda a buscarla a los infiernos, zopenco! *Rubén Darío en Costa Rica*

San José de C. R., 1920.

31. Hay en el campo... A.H. Pallais

Hay en el campo dos clases dueños entre los cuales media un abismo, el dueño perezoso y el dueño trabajador. El dueño perezoso va a su finca de tarde en tarde, y lo mismo fuera que no viniese, en su hamaca meciéndose da órdenes severas y muertas, como quien no ha visto las rosas con sus propios ojos. El agua hermana pasa por su finca, pero el dueño como si no lo supiese se contenta con saludarla de lejos. El dueño trabajador se acerca al agua que pasa por sus tierras, la acaricia, la solicita, la rinde, se hace su íntimo amigo, le pone presas deteniéndola para que no se vaya, le prepara canales y declives para que vaya y vuelva por toda la finca, como un perro cariñoso; hasta en los más apartados potreros relinchan los caballos por el contento del agua, se destapa una compuerta, brota un chorro, una rueda da vuelta y se llena toda la finca de ruido y de movimiento ¡divino ruido! ¡divino movimiento! y se amontonan los productos, y el dinero, bendito sea esta vez, se va amontonando también. A este dueño trabajador sí que le sirve el agua.

32. Patria. A.H. Pallais

En una casa principal, de familia rica, de las católicas según la creencia de los hombres, servía como criado un niño de doce años llamado Julián. Se llamaba Julián, como hubiera podido llamarse Tranquilino, Gervasio, Marcial. No a todos los niños les andan escogiendo sus nombres. Su apellido, si lo tuvo, nadie pudo ni quiso averiguarlo.

Era Julián huérfano de solemnidad, por los cuatro cuarteles de su escudo, con mayúscula; completamente huérfano, uno de aquellos que nuestro Señor llama parvulillos y mínimos, uno de aquellos que ¡Oh sustitución! hicieron que saliese de los Divinos Labios la más silenciosa palabra de la historia universal: «Y todo lo que con uno de estos mínimos y parvulillos hicieréis, conmigo lo habéis hecho»—Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, la ecuación se resuelve, yo no digo cómo.

Julián se llamaba. Su nombre era su tesoro, lo único que tenía. Su nombre no se había gastado, sin embargo. De ser cierta una teoría de los ecos que leí no sé dónde, ya no me acuerdo cuando, en aquella casa de malos ricos, un oído hiperfísico pudiera oír en las altas horas de la noche: ¡an! ¡an! ¡an!, porque en aquella casa, en la mañana, al medio día, en tarde, en la noche, a todas horas, siempre, sólo se oía decir, ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián! El padre, la madre, el señorito que vuelve del Instituto, la niña pelo corto que estaba semiinterna en el colegio de las monjas, el tenedor de libros, el chauffeur, el administrador, la costurera, y siempre en modo imperativo, jamás en optativo y subjuntivo, todos en aquella casa gritaban: ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián!

¿Y para qué le llamaban? Pues para que hiciera todo lo que, demás no querían hacer, todos los trabajos pesados y desagradables. Ya le encontramos un apellido: Julián Hace Todo. Julián Multiplícate. Los griegos hubieran dicho: ¡Julián Pas, Pasa Pan! Julián no sabía leer desde luego. No sabía escribir. No había hecho su primera comunión. Simpático, inteligente, leal, bueno, limpio, si no lo hubiesen mirado como a cosa, *hubiera...* pluscuamperfecto de subjuntivo, y «el segundo es semejante al primero», amarás a tu prójimo como a ti mismo.

¿Y cuánto le pagaban? He conocido muchos Julianes, Tranquilinos y Gervasios que, «entregados» dicen en Nicaragua, leed esclavos, sirven de balde, a la mayor gloria de Dios.

A nuestro Julián se le pagaba un córdoba. Un córdoba al mes. Así pues, para exigir de a legua, para pagar de a pulgada. Cómo entonces comprendemos la palabra del Apocalipsis: «¡Ven, Señor Jesús, Ven! ¡Así sea!» Como no ha venido todavía, por eso se le dice: *ven!* Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, se resolverá la ecuación, yo no digo como.

Después, como quien sale de Scyla para caer en Caribdis, Julián fue soldado y conoció la vida mala, peor y pésima de nuestros cuarteles y campamentos, hasta que un hermoso día, en guerra maldita de conservadores y liberales, para que surgiera otro gobierno burgués, enemigo nato de todos los innumerables Julianes, Tranquilinos y Gervasios, nuestro Julián, digo, cayó herido de muerte. ¡*Infelix ego homo!* Al Hospital, pues, y mañana al anfiteatro—Pero antes que mueras, hermano parvulillo y mínimo, quisieras decirme al oído, ¿qué cosa es la Patria? Y Cristo, ¡divina sustitución! hablando por Julián, me dijo: La Patria es el lugar de la justicia. Y entonces mi comentario fue la palabra de San Pablo: «No tenemos aquí ciudad permanente». *Nos habemus hic manentem civitatem.*

33. La resurrección de la rosa. Rubén Darío

Amigo Pasapera, voy a contarle un cuento. Un hombre tenía una rosa que le había brotado del corazón. Imagínese usted si vería como un tesoro, si la cuidaría con afecto, si sería para él adorable y valiosa la tierna y querida flor! Prodigios de Dios! La rosa era también como un pájaro; garlaba dulcemente, y en veces, su perfume era tan inefable y conmovedor, como si fuese la emanación mágica y dulce de una estrella que tuviera aroma.

Un día, el ángel Azrael pasó por la casa del hombre feliz, y fijó sus pupilas en la flor. La pobrecita tembló, y comenzó a palidecer y estar triste, porque el ángel Azrael es el pálido e implacable mensajero de la muerte. La flor desfalleciente, ya casi sin aliento y sin vida, llenó de angustia al que en ella miraba su dicha. El hombre se volvió hacia el buen Dios y le dijo: Señor, ¿para qué me quieres quitar la flor que nos diste?» Y brilló en sus ojos una lágrima.

Conmovióse el bondadoso Padre, por virtud de la lágrima paternal, y dijo estas palabras: «Azrael, deja vivir esa rosa. Toma, si quieres, cualquiera de las de mi jardín azul.» La rosa recobró el encanto de la vida. Y ese día, un astrónomo vió desde su observatorio que se apagaba una estrella en el cielo.

De *El Herald*. 19-111-92.

S. J. de Costa Rica.